La Primera Estación Del Último Tren

Juan Montes Jiménez

Image not found.

Capítulo 1

CAPÍTULO 0.

Desde antes de todos los tiempos, desde el minuto inicial de la existencia humana, el hombre a intentado desde sus orígenes explicar la velocidad de la vida, lo absurda, lo corta, lo imposible, lo agridulce que puede llegar a ser, pero ¿ Siendo tan negra por qué se empeñan en avisar lo efímero que resulta?.

Quizás, la vida sea un paseo en tren de paradas vacías , de cocheras endebles de maderas, de llantos en el otro lado del vagón donde a pesar del disfraz que viste nuestro cuerpo nos sentamos uno al lado del otro dirigiéndonos a la misma estación. No importa que vayas de frente o de espalda, si te bajas antes o en la última, en este tren todos acabamos bajando y a diferencia de la realidad, siendo muy crudo el destino te bajas sin ningún equipaje, y a semejanza de la vida el tren rara vez llega con retraso. No despiste tu alma, no vale equivocarse de parada ni llegar al último cambio de la vía con cosas pendiente. Al fin y al cabo la muerte es la última huella, tan cruel y justa. Tan dura y verídica que ninguno podremos escapar a su condena, en ese juicio que vivimos cada día, como ese tren en la vía siete al que subimos y del cuál no volveremos a bajar hasta que llegamos a la estación de nuestro billete.

Quizás es por eso que cada segundo, cada vuelta de la rueda, cada parada que no es la nuestra es un aviso de que el camino se acaba, gente sube en un vagón y baja antes que tú. Gente sube antes y se van más tarde o incluso antes y hay quién incluso… no coge el tren.

Por eso, si lees esto en esa estación y ves que está llegando por la esquina de tu izquierda las luces largas del tren, déjame aconsejarte que te subas en ese tren y no lo dejes, pues nada se gana en la estación y todo se consigue dentro; al fin y al cabo si nos subimos al andén frío de una estación es para coger nuestro destino de la mano sabiendo que volverás a bajar. No quedará nada después del último tren.

Toledo, Agosto de 1936.

El ruido era aterrador, las lámparas se movían no sabemos si por el empuje de las manos enemiga en la puerta inocente de las alcobas, o porque los bombardeos en el exterior había convertido la ciudad en un saco de escombro, parecía el resultado de una catástrofe de la tierra. La calor apretaba sobre mi cabeza la cual era a veces sacudida por sus nervios, mis manos en sus hombros descubierto y sudoroso hacia de consuelo sobre un alma que ya viste sentenciada, aunque fuera de

inocente manera, pero en la guerra, no existe un tribunal justo. De pronto el estruendo de un mueble de madera de cedro en la otra habitación la asustó.

- No te abandonaré- dijo él, con más miedo que otro adjetivo

- Ha llegado la hora, no te quedes conmigo, yo no hice nada pero así lo hicieron ver, ahora todo llega a su final.

El bullicio de la calle se hacia cada vez mayor, gritos que dejaban entrever un río de sangre; una mujer entre medio de la gente que va y viene cantaba una canción de cuna, mientras los muebles caen, las camas crujen y las manos de aquella pareja se entrelazan como mayor fuerza, se veía el verdadero amor en los ojos, no el del brillo que se encuentra al principio sino el que asume la cruz del otro por muy dura que fuera, quizás en estos tiempos el amor pierde su brillo, solo quedan las cruces. De pronto se calla la canción de cuna, ya no hay llanto solo el estruendo, ese ruido que tiene la guerra. Su cabello dorado le ocultaba las lágrimas, el se negaba que la arrebataran.

- Es injusto, no pueden arrancarte la vida. No hiciste nada, no pueden acusarte por ser hija de quién eres- Él replicaba con la absoluta desesperación de quién le arrebatan todo.

- Debes irte Ramón- Parecía que ya le habían arrancado la vida.

- No te voy a dejar, si me llevan que sea contigo, me niego a perder.

- Estamos en la guerra, aquí no gana nadie, hoy perderás cuando se lleven mi cuerpo

- Me niego a aceptarlo, es injusto, no has hecho nada, solo aceptaste tu destino no es delito ser libre, no se falta a la libertad. No voy a dejarte aquí no podría soportarlo, lo siento.- Siendo tan dura la situación que entre golpes de metrallas y los chillidos desesperado se mezclaban sus voces. El joven de pelo negro, alto y extrema delgadez parecía totalmente dispuesto a luchar contra mil hombres sin ningún arma.

- Debes irte Ramón, ya está todo cumplido.

En ese momento se escucha, que el tumulto calla, el sonido parece que desaparece, se podría intuir hasta los suspiros de los hombres que quedaron abajo, auténticos muertos que saben andar, que pueden respirar pero desde ese día olvidaron vivir. Se escuchaba una serie de pasos abajo de la casa, su melena rubia se encogía cada vez más entre las piernas, escondida tras el cabecero de una cama en el hueco que queda contra la pared parecían muy vulnerables. Ella callaba mientras el joven decía discursos políticos , de justicia e incluso citaba alguna frase de

Sócrates para intentar tranquilizar a la mujer que amaba, más ella solo callaba.

- Ya vienen, debes irte- Ella se negaba a mirarle a la cara. Estaba ya muerta, solo había que mirarle a los ojos, son esos ojos que temen seguir viviendo, que se han vaciado para darlo en herencia antes de que llegue el último grano de arena de su reloj.

- No voy a marcharme , me da igual , no quiero otra vida. Todo se acaba, nada me quedaría , me voy a quedar , lo siento.- La desesperación era evidente, casi terrorífica.

Ella levantó su cara suave y dulce, el rostro moreno, de ojos oscuros a pesar de lo rubio de su pelo, era un perfil verdaderamente bello, le miró y dijo:

- No te vas a quedar, debes esconderte, mi tiempo es el mío, y me ha llegado pero no por ello he de arrastrarte conmigo. Siempre supiste salir adelante, desde pequeños cuando nos escapamos al río y conseguíamos llegar sin que nadie nos encontrará. ¿Te acuerdas? Eran otros veranos, los únicos de mi vida. Conseguirás vivir, saldrás adelante, a mí ya no me queda vida, no sería justo que te la arrebate.

- Ya sabes que no voy a …..- Antes de acabar la frase se levanta un murmullo gigante en el exterior, la gente volvió a gritar y se escucharon forcejeos, que aumentaron a partir de un disparo, de pronto se escuchan más gritos desesperado; dos piedras impactan contra los cristales. Pero dentro de la casa el seguía paralizado mirándola a ella, mientras ella convencía con su desánimo que se escondiera, El joven solo podía mirarla paralizado, quizás en aquel momento sabía que la había perdido, no porque no le amara sino porque ya habían acabado con su vida. El oía la voz, para recordarla, para encontrarse en ella cuando no estuviera. La miraba, como si de una postal se tratara. El se inclinó hacia delante, preguntando:

- ¿ Se acabó todo? Vas a morir, ¿ Me vas a dejar aquí?, Sabes que he crecido junto a tí. Ya no vas amarme más . Todo se ha acabado, es el fin, te vas a alejar de mí- Ella en ese momento empieza a llorar en absoluto desconsuelo, pero el sin dejar de hablar. - El mundo se ha vuelto loco, se matan entre hermanos, dejan hijos sin padres, amantes que no volverán a beber de sus labios ¿ Merece la pena? Destruirnos sin piedad, no mirarnos mas es la solución. Mal está este mundo si los valores están por encima del amor.

- Ya nada vale, Ramón mira a tu alrededor ¿ A alguien le importa el amor?.

- A mí…- Antes de acabar la frase replicó ella que parecía cansada de explicar el peligro que corría su amante, el cual poco parecía importarle los avisos que le mandaba ella.

- Vete Ramón, no haces nada aquí, acabarán con tu vida del mismo modo en que lo harán con la mía. Esto está acabado, vendrán a por mí.

- Pero pequeña, ya no me queda nada. Si marchas lejos, no me queda absolutamente nada.- Ella echando su cuerpo esbelto hacia delante, pareciendo que se había apiadado de la pasión por la que el joven era capaz de dar su vida por ella, en un movimiento donde su cuerpo se asemejaba a una pluma. Un cuerpo lúgubre , débil parecía compadecer al cuerpo gigante que se ocupaba al frente, era como si David protegiera a Goliat. Se posaron frente por frente, en el hueco tan minúsculo que da el cabecero de una cama con la pared de una habitación derruida por la guerra, esa era la trinchera de un amor condenado; habían condenado el alma de aquella joven que se hacía gigante a los ojos de aquel muchacho que no entendía nada de la guerra. La luz no parecía la propia de un Agosto, los Agosto tienen un brillo diferente , todo era gris en aquella habitación donde no existía el orden desde la primera metralla lanzada. Pero entre el silencio de sus voces sobre un fondo de bullicio, se volvió a pintar esa luz cuando entre las lágrimas del joven Ramón junto a la resignación de la preciosa mujer que le acompañaba sus labios se volvieron a encontrar entre balas, piedras, cristales, maderas, gritos, sangre…En medio de Apocalipsis humano, como en una paradoja imposible, quedaba un destello de amor; ese amor que había condenado a las dos España a vivir separados.

De pronto una explosión de un nivel brutal había conseguido que la joven pareja se separara de aquel beso, incluso uno de los armarios de un cuarto interior pareció desplomarse contra una pared, si había hasta ese punto algún cristal en esa casa de pié, en ese instante se habría esfumado. Ramón se quedó de nuevo mirando a la joven, parecía por momentos verla aún más bella, casi como una obligación para no dejarlo solo, ella levantó la cabeza y haciendo un esfuerzo sumamente complicado por el ahogo apenado que apenas le dejaba respirar se dirigió hacia el:

- Ramón vienen a por mí, después de esta tarde no creo que quede nada, se que en tu cabeza impertinente no lo entenderá nunca. Daron conmigo, no pueden verte aquí llevo tiempo avisando . Vete ya vuelve a seguir con tu vida, no mereces que la cortes por el hacha de la guerra, no paro de avisarte, Ramón vete de aquí ya, vete, no puede pasarte nada, vete , olvídame, nunca dejes de vivir. Vete.- Parecía que ella empezaba a perder la cordura en el intento de salvar a su compañero.

- No me pidas eso pequeña, es imposible.- Empezando a acariciar su hombro el cual le temblaba de absoluto nerviosismo.- No voy a

marcharme.

- Ramón, si no te escondes iré yo misma a la puerta a entregarme, no voy a consentir que pague gente inocente los estragos de esta guerra, no he dejado de explicarlo, aún no lo entiendes.

- Dejarme aquí , es dejarme sin vida .- Ella antes de que acabara volvió a dejarlo con la palabra en la boca.

- Que alma más blanda posees a veces, no eres un poeta. Vuelve a Madrid, trabaja y sigue adelante. Enamora a otra mujer, dale los hijos que ella quiera, y no olvides nunca lo que tuvimos. Eres lo más maravilloso que he conocido. El amor es tan fugaz que la guerra es capaz de cortarlo, pero es insaciable por eso tendrá que renacer en tí, tu vida no se acabará aquí, tienes que ser valiente. Todo está decidido.

El ruido era mucho mayor, por la escalera de aquel edificio un grupo de hombres llamaba una a una las puertas:

- ¿ Se encuentra aquí la señora Gutiérrez?.- Las respuesta de los vecinos era de negativa, en alguno de los casos el alto Mando de dicho grupo ordenaba a sus compañeros revisar la casa sin dejar ningún recoveco; las casas ya bastante destruidas perdían por completo el orden imposible que le intentaban dar sus dueños para vivir. La ropa que quitaban de los cajones, caían sobre los azulejos blancos teñidos de polvo y ceniza.

- Vete, o abro la puerta.- hizo el primer movimiento para ponerse en pie.- No vas a ser el sacrificio de mis ideas, el verdugo de mi última mirada, no vas a conseguir quedarte aquí, marcha.

- No me voy a mover de aquí.- agarró la fina mano de su compañera haciendo por tirarla para abajo.

- No seas orgulloso, estamos en la guerra, debes huir y ponerte a salvo.

- Ya nada será como antes pequeña, quieres que siga mi vida cómo si nada hubiera pasado pero me están arrancando mi todo y segando el alma, yo no puedo avanzar.- Parecía como si la catástrofe de su alrededor se enmudeciera con cada palabra de sus enamorados. El silencio era palpable en el alboroto que existía en torno a ellos, quizás es imposible pero mirando algunos ojos se detiene el tiempo y el sonido, así miraba Ramón, la luz que desprendía el del cabello de la muchacha.

Llaman a la puerta de la casa, ¿ Vive aquí la señorita Gutiérrez?, en ese momento, mandó a callar, al acompañante que puso la cabeza sobre las piernas y le dió un último beso. Parece que todo se acaba, la guerra para las personas que no lucen medallas acaban mucho antes de la firma de paz. Ella se hizo grande sin mirarlo, caminó hacia la puerta blanca,

pisando las losas rotas, abrió el cerrojo de un golpe y abrió la puerta a esos señores que ya habían empezado a impacientarse por lo que tardaba en abrirse. Su vestido inocente, su belleza consumida por el dolor, las manos hacia abajo y su mirada perdida hicieron que los hombres tardarán en reaccionar:

-¿ Es usted la señorita Gutiérrez?- Preguntó el que parecía tener un puesto de mando superior. Cinco hombres armados ante una joven tan indefensa era completamente injusto, por ello dos de los acompañantes, hicieron por bajar algunos escalones.

- Sí, soy yo- La seguridad con la que contestó era absolutamente sorprendente.

- ¿No le tienes miedo a la muerte?.

- ¿Serviría de algo?

- Queda usted detenida por….- En ese momento, vuelve el sonido todo es desagradable cuando todo lo que escuchas se cae, se rompe, se fracciona… Es desagradable cuando todo es pólvora, llanto, gritos, cuando no hay nadie que sonríe. Se escucharon los grilletes de la esposas sumado a un portazo que sería capaz de tirar abajo todo el conjunto de casas.

Un hombre que había sido niño hasta hace un momento quedaba sentado con su cabeza entre las piernas, sorprendente fue que dejó de llorar solo miraba al suelo sin saber nada. Ninguno de los que hicieron de carcelero miró si tenía acompañante en la casa, quizás hicieron bien, no quedaba nadie solo un cuerpo que miraba al suelo. No quedaba palabras, la definición de un hombre que le han robado todo, era solo el volumen de un cuerpo que habían vaciado en un solo suspiro, un hombre sentado entre el polvo y cenizas que le acababan de mutilar lo más profundo que a una persona le pueden quitar. Aquel joven alto, con una pasión desborda quedó en….. Simplemente quedó.

Pasaban los minutos, quizás la horas, es verdad aquello que dice que la guerra no tiene relojes que te marquen la hora. La calor apretaba entre los restos de Toledo, la ceniza ahogaba los sollozos de las almas que seguían andando, los gritos de hombres y mujeres se escondían tras el sonido de la explosión, todo parecía no importar a Ramón De Quiroga que seguía sentado sobres sus piernas, que intentaba llorar pero por un motivo que son imposibles de entender no era capaz de empezar el llanto. Todos algunas vez hemos sentido algo que somos incapaces de definir que nos obliga actuar de un modo contrario de lo que sentimos, quizás para no destruir lo poco que brota en nosotros y nos mantiene vivos,la última vela encendida en la playa o el último beso robado.

Parecía que el ruido había cesado bastante, los llantos del principio era los únicos acompañantes de Ramón que seguía como si nada pasara a su al rededor, levantó un momento la cabeza, pero no era un sueño, así que impulsando sin mano derecha contra el suelo para ponerse en pie, caminando recto levanto la cabeza pero con su ausencia en su casa era todo bastante más cruel así que abrió la puerta con dulzura, cogiendo una foto de su compañera la guardaba en la cartera mientras empezaba a sortear tablero de madera y otros obstáculos, sentado en el primer antes de la salida dos niñas jugaban con algo que podría haber sido antes del estallido de la guerra una muñeca; Ramón pasó por su lado sin decir ninguna palabra y abriendo la puerta de madera que daba a la plaza donde vivía su amada la cruzó como de niño hizo mil veces cuando la recogía para huir al río, se paró pensando en el primer beso delante de aquella puerta y pareció verla por última vez, cerró los ojos, abrió la puerta y salió al exterior.

Bajo a aquella plaza, donde vio tanta sangre que hasta un cuerpo que ha sido arrebatado de alma sintió algo de compasión por la raza humana, dos mujeres con vestido largo lloraba ante el cuerpo de un pequeño, Ramón se paró mirando la escena de duelo ya sabía porque había callado la voz del niño, volvió a agachar la cabeza , volvió a no ser nada, empezó a andar entre los tablones de madera y avanzó hacia el infinito como siguiendo el camino que le marcaba el sol, sin que absolutamente nadie le preguntara pero todo el que se cruzaba sabía lo que pasaba pues rara es la persona que no sintiera el crujir de sus huesos en lo soledad por la ausencia impuesta. Perdiéndose en el horizonte desapareció, dejando atrás la sangre, el dolor, la ruina, verdugos, inocentes, el polvo, el todo derramado sobre la nada, todo lo que pisaba parecía el reflejo de lo que llevaba dentro.

Capítulo 1

"Madrid sentía debilidad por mi y yo por ella y me ofrecía todo lo que quería tener delante esa mañana." Use Lahoz.

Madrid, Año 1944

Madrid se había convertido en la última esperanza intelectual de un país que había sido destrozado por la guerra, como una mujer polifacética: por sus calles se cruzaban el poderío militar y burgués junto a nuevos intelectuales que se perdían en los alrededores del Café Gijón. La España católica, recta y unida tenía su escondite justo en el corazón de la ciudad, Madrid era unos de los pocos puentes hacia la modernidad de una sociedad dormida en el capote de Manolete, sin embargo, al dormir las personas amanecía una nueva Madrid de siluetas femeninas fabricadas en las sombras que crean la noche en su deseo de perderte en ella un mísero momento. Madrid un sábado a la noche era una Cenicienta en los bailes con traje, era de los listos que se escapaban para no ir a misa los

domingos, Madrid un sábado por la noche dormía a los diteros, escondiendo sus baratijas a plazos para salir libre a la noche pagando dicha noche solo en uno de esos plazos. Madrid un sábado a la caída del sol era tan magnífica...

Un sábado igual que los últimos que se han vivido estos tres años: un poco de frío debido a ser una noche de Octubre que no dejaba de ser magnífica, una noche de recepción en el centro de Madrid, el régimen vestía sus mejores galas, las personas que ocupaban sus barrios los besaba como si fuera su primera novia. Así se plantaba un Sábado más en la idiosincracia madrileña en el corazón de la dictadura, Madrid se levantó de sus cenizas, curiosamente era de los pocos sitios en el mundo donde se permitía sonreír, el mundo temblaba al rededor del polvo español que fue barrido.

El olor a café seco de la taberna sobrepuso el desagradable hedor a tabaco negro, whisky barato, aguardiente y aceite. El camarero con bigote tras la barra limpiaba con un paño la barra del bar; no había mucho ambiente para ser un sábado al rededor de Atocha, quedando dos trenes estrechos de cercanías aún por salir, en la esquina un grupo de jóvenes juegan a los dados mientras toman aguardiente que le ha costado "un duro";uno de ellos , bajo con pelo corto se quitaba la boina mientras le pedía al tabernero otro vaso más. Se reían mientras hablaban de fútbol, también se escapaba alguna broma sobre mujeres antes que el tabernero les mandara a callar. En otra mesa unos caballeros hablaban de la situación de " La guerra Atlántica" mientras terminaban de comer algo, estos caballeros vestían un traje impecable, luciendo un peinado perfecto para atrás haciendo muy bien su trabajo la gomina que enderezaba bien el pelo.

En la última mesa, de espalda a la barra, mirando a la cristalera un hombre alto que parecía el maquinista por el perfecto uniforme planchado. Bebía un café mientras fumaba un cigarrillo Celaya con un perfecto acabado en el afeitado. No hacía ningún gesto simplemente inmóvil mirando a la portada imponente de Atocha. A los pocos minutos levantando levemente el brazo miró la hora, y abrió de nuevo el periódico; el ABC de Madrid en titular abría con un tanque alemán destruido en el oeste de Francia por los aliados, poco después cerró el diario doblándolo en la mesa. El reloj marcaba las diez horas y quince minutos. Todo parecía normal, una señora mayor en la barra que hablaba con el camarero que era objeto de broma por los jóvenes de la primera mesa; el bigote casi tan grande como su calva que desaparecía por una media cabellera que se extendía hasta la nuca.

Pasado el rato, el joven alto se levantó y echándose la mano al bolsillo soltó unas monedas, mientras se ponía el gorro del uniforme de maquinista. El tabernero viendo que pagó lo justo se dirigió a él:
- Largo, como se nota que no has salido a tu padre, el si que era un

auténtico generoso que dejaba una buena propina. El señor Quiroga cuanto de menos se le echa.

- Los taberneros de Madrid…- susurró Ramón mientras marchaba hacia la puerta que era colindante con la estación.

Una vez dentro de la estación, costaba respirar debido al humo que soltaban esos trenes metálicos, mezclado con la cantidad de personas fumando. Ramón se encendió otro cigarro mientras que esperaba las once menos cuarto para llevar el último tren haciendo el recorrido circular; mientras se lo encendía con un fósforo noto una mano tocar su espalda:

- Buenas noches, Don Ramón , otra vez nos toca el turno de siempre-. Era un muchacho joven , con barba y que vestía también el traje de maquinista.

- Soy De Quiroga y no Suñer, si fuera así estaría ahora en El Pardo.- Rieron brevemente los dos cuando Ramón prosiguió.- Este turno me gusta algo más al menos.- El otro encendiendo un cigarro negro, preguntó:
- El mío sale por la vía dos hoy, ¿Y el tuyo?

- Sale por la vía cinco, estoy esperando a las menos cuarto para empezar. Es el último de hoy…- Siguieron hablando de nada importante, se notaba que Ramón no era un hombre de muchos amigos pero se notaba que con Jaime tenía una amistad. Al fin y al cabo eran dos caballeros aguantando la última batalla de lo cotidiano. Llevar los dos últimos trenes no era fácil, cuando un simple cercanías circular tarda dos horas.

Prosiguieron andando en la vía mientras diversos pasajeros subían a ambos trenes, un sacerdote acababa de entrar en el vagón uno de la cochera, lo que provocó la risas de ambos maquinista. Llegada la hora ambos se estrechan la mano para despedirse cuando una joven de cabello negro recogido atrás y de medida perfecta que subió a ese primer coche.

- Vas a ir entretenido- Dijo el más bajito, el otro sonrió como si no hubiera dicho nada prosiguiendo a entrar en la cabina y encender el aparatoso motor que tienen estos ferrocarriles.

La locomotora empezó a andar de manera lenta saliendo de la estación; un tren supone una tranquilidad que hace que cualquier cuerpo se relaje y estire las piernas, eran vagones sin cocheras de descanso, ya que eran trenes de poca distancia. Los vagones estaban formados por asientos acolchados en parejas y en grupos de cuatro que estaban colocado justo en el centro, los asientos eran sorprendente cómodos por ello la gente aprovechaba para leer, descansar algo e incluso hacer algún menester laboral que no consiguió terminar algún trabajador. Qué maravilla es

meterte en un tren en una noche estrellada y poder leer a Tolstói sin ningún tipo de preocupación.

Una vez pasada la primera parada parece que todo pierde la formalidad, el chaval joven del segundo coche se atreve hablarle a pesar de su nariz a la jovencita de su lado. Algunos pasajeros se atreven a sacar algún tema a los acomodadores, la gente no teme a pegar una pequeña cabezada y un señor de barba blanca se atreve a escribir en el coche cinco. Otros que van entrando en la siguientes paradas se acoplan a la perfección al ritmo de naturalidad y paz que hay dentro del tren. Un señor en el vagón tres ofrece a su acompañante un cigarro que encienden mientras hablan acaloradamente de Fútbol, nada importante:
- Este año el Aviación se hace con el título chacho. ¡Cómo juega!, ni Barcelona, ni Madrid….

- No olvides que en el Madrid tenemos al viejo Barinaga.
- Ese jugador no podría marcarle ni al Sabadell…-
Siguieron hablando entre cigarro y cigarro, ¿ Algo mejor que una noche de tren en la estrellada ciudad de Madrid?.

Mientras tanto en la cabina del maquinista, Ramón solo tenía la preocupación de que su cajetilla de tabaco estaba bastante vacía, y no sabía si cuando llegara a su piso podría encontrar algo abierto donde comprar otra. Sus piernas estiradas no tocaban los pedales,no hacía falta excepto cuando entraba en una de las paradas en la que si tenía que maniobrar algo; pero tampoco suponía una complicación ya que Ramón era considerado uno de los mejores maquinistas que había en Madrid, " Un aparca trenes con talento" le decían las malas lenguas de Madrid que poco sabían de su vida.

Pasaba cada estación sin ningún tipo de problemas, en horario puntual que pasaba por cada parada e incluso llegando antes a alguna estación donde tenían que esperar a la hora exacta por si algún rezagado quedaba por subir lo hiciera sin ningún tipo de problemas. Los acomodadores, tranquilos debido a la ausencia de público sorprendente por ser el último tren de un sábado, conversaban sobre que harían el domingo por la mañana. Uno de ellos, bajito con una tez cómica contaba ilusionado que había sido aceptado por " Matilde la Panadera" la cual había sido su amor desde la infancia y pasarían mañana tras la misa por el parque del barrio. Los demás se reían y le exacerba por su problema de altura, Matilde nunca fue una mujer de pequeña altura. Todo era maravilloso.

Ramón mandó a unos de estos acomodadores a conseguir un cigarro, la mujer preciosa del primer vagón viendo al caballero que pedía se dirigía a otro de sus compañeros para pedirle uno, se levantó y tocándole el brazo con absoluta suavidad sacó de su bolsa un paquete de tabaco rubio dándole al joven algunos cigarros el cual agradeció con suma generosidad

con un bamboleo de cabeza que hizo sonreír a la joven. Era de esas jóvenes que paran el tiempo solo con mirarla, su melena negra recogida hacia arriba junto a sus ojos oscuros era símbolo de la belleza más femenina. Una vez dado los cigarros se sentó como si nada hubiera pasado procediendo a acabar el libro que estaba leyendo.

Abrió la puerta del maquinista antes de que entrara Ramón pronunció:
- ¿Has conseguido el tabaco?.
- Sí, una señorita del primer coche fue tan amable de ofrecer estos que tengo aquí.- Contestó con la cabeza baja apoyando los cigarros en una mesa, unos segundos después sin que nadie dijera algo continuó.- ¿ Necesitas algo más Señor Quiroga?.
- No, Gracias ya se puede retirar usted a otros menesteres.- Contestó dulce, a pesar de ese carácter lento Ramón no era de esos hombres desagradecidos o que se creían algo que nunca serán. Ramón simplemente se dedicaba a esquivar el contacto afectivo con el resto de personas; era un hombre que se encerraba en sí mismo y perdía la mirada, era de esos hombres que pueden estar acompañado y a su vez estar solo. Ramón era el resultado de todo lo que había vivido. Antes de que marchara el acomodador Ramón volvió a dirigirse a él:
- Por cierto, agradece a la señora del primer vagón por el detalle que ha tenido.
- Por supuesto Señor Quiroga.- Cerró la puerta del maquinista cumpliendo la orden obedientemente.

Ramón cogió uno de los cigarros se lo puso en la boca y con un fósforo hizo lo propio para encenderlo, ya quedaban pocas paradas para llegar a Atocha, estaba algo cansado, había sido una semana dura con turnos difíciles tenía ganas de volver a su piso pequeño del centro de Madrid poner la radio y perderse en algunos de sus muchos libros hasta que el peso del sueño pueda con él y quedé dormido. Estaba tranquilo porque al día siguiente no trabajaba así que podía irse sin ninguna preocupación. Es verdad que Ramón desde que está en Madrid y consiguiera trabajo tras la reestructuración de las agencias ferroviarias en el cuarenta y uno, no comía demasiado bien. Su padre falleció en la guerra y su madre poco después, digamos que era una vida solitaria de la que tampoco quería huir. Era un bohemio encadenado a su cárcel de metal que amaba, ya que era su única vida. Un hombre encadenado a la soledad, escondiendo el mismo la llave.

Cuando la paz parecía reinar sobre la sonrisa de todos los pasajeros, cuando Ramón parecía degustar ese cigarro cual fénix resurgiendo de sus cenizas, un frenazo hizo que su cigarro salieran volando tragándose el humo de una bocanada. Empezó por cada coche del tren circular un rumor de voces insoportable mientras se frenaba el tren; los acomodadores mandaban a tranquilizar a los pasajeros que alguno perdía la calma.
- Señor Quiroga se ha vuelto a estropear la caja.- Era algo común en aquella época, los trenes llevaban retrasos insoportable, se solían parar

con asiduidad e incluso provocaban accidentes auténticamente dramáticos que llegaban a tener muertos.- Tendrá usted que salir y arreglarlo a mano, menos mal que es el último señor Quiroga, así podemos evitar un accidente mayor.- Se veía nervioso el acomodador que se movía con aspavientos lo que le hacía una silueta cómica.
- Ahora mismo salgo.- Ramón estaba serio y no se le podía leer nada sobre la tez de su cara. Se levantó cruzó el coche número uno para bajar sobre el raíl , y pasando entre los pocos viajeros que le reprochaban la hora consiguió bajar al frío ausente de las vías.

Abajo esperaban en el lateral izquierdo (el que daba en el lado exterior), tres o cuatro ayudantes para abrir una cubierta exterior del vagón.
- ¿Tiene solución señor Quiroga?.- Dijo el acomodador de pequeña estatura. Cuando Ramón abrió la tapadera salió un resuello de humo, que hizo una mueca de alivio.
- Es lo mismo de siempre no preocuparse, subir a los coches y tranquilizar a los pasajeros.- Subieron un par de ellos mientras otros dos de ellos se quedaron auxiliando al altísimo maquinista abajo del tren.

Ramón que ejercía de cirujano de hierro para ese ferrocarril al que intentaba devolverlo a la vida, no perdía la compostura ni agotaba su paciencia quizás ese detalle era lo que acercaba su traje de maquinista a la bata de los hombres que trabajan en los hospitales.

Llevaba un rato trabajando, sobre unos quince minutos cuando se escucharon unos pasos cercano a ellos, que hacían mover las piedras de al rededor del tren, los acomodadores miraron a la puerta.
- Señor Quiroga es la señora del coche uno y parece enfadada.- Dijo uno de los acomodadores. El señor Quiroga se levantó ando hacia ella y se puso de frente en la oscuridad.
- ¿Quería algo señorita?-
- Llego tarde, tengo un mandado importante. Cree usted que la gente que viajamos aquí no tiene ningún menester que cumplir…- Prosiguió el sermón mientras Ramón se giró y volvió a meter sus manos en aquel enjambre de hierros; poco después se levantó se puso de nuevo a su frente y continuó: - Vuelva al vagón señorita, la próxima vez que baje tendré que llamar a la guardia; le aseguro que no acudirá usted a su cita.- Ella impresionada volvió a subir al vagón, de espalda era una silueta preciosa con un cabello eterno. El tren pocos segundos después comenzó a andar.

Al bajar del tren su compañero que seguía allí el cual le ofreció un cigarro.

- Fume que no le veo con buena jeta, ¿Has visto a un fantasma o se ha peleado con el mismo diablo?- Dijo el pequeño de los maquinistas arreglando su presencia.
- No blasfeme, Don Jaime. Un día complicado simplemente.
- No sabía que usted era un hombre religioso, ya mañana será otro día.

Atocha cierra en poco deberíamos salir.- Le aconsejó de nuevo el otro maquinista.

Al salir, Don Ramón se acercó a un vendedor de paquetes. Compró dos al precio de cuatro pesetas una vez girado se dió cuenta que la joven estaba detrás suya en la cola, con galante forma le dió uno de los paquetes.
- Na hacía falta señor…- Antes de que acabará contestó el otro con mucha rudeza: - De Quiroga… Ramón De Quiroga. Tómelo como un desagravio por el retraso.- Ramón avanzó hacia la puerta con actitud de haber agotado toda su simpatía.

Llegado a su casa y cambiado, encendió el caldero de leña, cogió aquel libro que dejó a media, el susurro de aquella cuatro palabras se mezclaban en su cabeza. Decidió cerrar el libro, coger un vaso y abrir la botella de whisky para evitar volverse loco en aquel frío de Madrid.

Capitulo 2

"El viajar es cansado; pero yo no sabría vivir sin viajar." Franz Kafka.

" Otra vez esa ruta…" pensaba en una voz interior Ramón mientras se ponía su elegante uniforme y se peinaba la ralla en el lado. No paraba de dar vueltas de un lado a otro desde que le informaron está mañana mediante telegrama que tendría que hacer el último tren Atocha- Alcalá de Henares- Sol. " No entiendo que sucede…" " ¿Cogería ese día el tren por casualidad?. No sé qué pasa, esto no puede llegar a poseerme, ella fue solo una casualidad, mejor olvidarla". Ramón no paraba de repetir consignas pero sabía en el fondo que aquella joven del vagón uno perturbaba su cabeza, pero se mezclaba con los ojos claros de aquella muchacha que en su pasado la arrancara de sus manos. "No puedo, es absurdo; será una ilusión de mi soledad."

Seguía haciendo labores del hogar durante toda la tarde aunque parecía que lo hiciera por solo pasar el tiempo, ni los libros que escondió de la censura, ni el tabaco, ni aquella botella de whisky. Nada calmaba sus impulsos. " Es tontería no volverá a montar", cerró la puerta de aquel ático del centro de Madrid. La calle madrileña en noviembre era bastante fría, pisaba los charcos, mientras que avanzaba por el Paseo De Las Delicias.
- Hacia tiempo que no llovía cómo está noche, no lo recuerdo en mucho tiempo.- Comentaban dos jóvenes que salieron del colegio de médicos dirección a la estación. A Ramón le costaba encenderse el cigarrillo debido al viento de aquella avenida, no pudo fumar hasta llegado a la estación donde le esperaba Jaime de nuevo.
- Es raro verte por esta zona a esta hora, te veo inquieto, ¿ Buscas a alguien?.- A veces Jaime llegaba a ser muy pesado, esas preguntas constantemente y su forma de adivinar todo en la cara…

- Se equivoca usted.- Respondió serio, sin dilataciones.
- Nunca cambiarás Ramos… Siempre serás tan hosco. Nunca pondrás fácil descubrir algo sobre ti. Nada de tu pasado o de lo que sientes, me gustaría estar en tu cabeza solo un minuto.
-No hay nada importante que contar, una vida normal.- Siguieron debatiendo entre el humo, el vocerío y el movimiento del andén. El joven de barba no pudo conseguir ni un mínimo de información de Ramón que permanecía recto e inmóvil quizás fuera la persona con mejor porte de aquella estación, todo era borroso, puro movimiento en torno ellos dos.

- Nos vemos en Sol Ramón- Dijo el joven mientras arengaba a los últimos pasajeros a subir al último tren de aquella tarde. Ramón siguió hacia su tren, el andén estaba desierto y no había ningún rastro de la joven. " Valiente chaladura infantil" pensó mientras esbozaba una pequeña sonrisa. Abría el coche reservado para los conductores, cuando el acomodador de pequeño tamaño se dirigió a una pasajera, la cual devolvió sin más dilataciones aquel cordial saludo. " Esto en Toledo no pasaba" pensó de nuevo, decidió encender la locomotora y avanzar sin pesar en absolutamente nada.

Llegada a la estación de Alcalá de Henares, un sacerdote de la orden dominica bendecía a una pareja. Cómo llegó con algo de adelanto a la parada decidió encenderse un cigarro, el ambiente en las vías era húmedo al abrir la ventana entró un frío bastante incómodo. Qué bonito era el invierno en las pequeñas localidades de Madrid. Entonces algo le perturbó de forma indiscreta, tanto que llamó a uno de sus acomodadores:
- ¿Quería algo señor De Quiroga?- Era un joven moreno de mediana estatura y pelado al escalón, llegó a la cabina asfixiado parecía que su mayor función en esta vida era atender al maquinista.
-Sí, ¿Se ha bajado la joven del coche uno?.
- ¿ Habla usted de la moza que lee libros mientras fuma?. Entiende que por aquí pasen muchas mujeres a lo largo de la tarde.
- La misma.- Parecía que Ramón no iba a dar pista de que le incordiaba en su cabeza. Algo le rondaba mal.
- No señor, sigue ahí.- Continuó el acomodador cuya inocencia causó ternura a Ramón
- ¿ No es usted un poco joven para trabajar en un tren a esta hora?.- Preguntó Ramón mientras arrancaba de nuevo el convoy de pasajeros.
- ¡No!.- Repuso con contundencia su joven acompañante mientras nervioso se sacudía los dedos. - Necesito el dinero para ayudar a mi familia, lo necesitamos.
- Bendita juventud. Solo hazme un favor pequeño…- Félix Rodríguez respondió el joven si añadir mucho más.- Pequeño Félix cuando baje la señorita de ese vagón ven a notificarme tal suceso.
- Si señor De Quiroga, muchas de gracias señor De Quiroga, ¿Quiere algo más señor De Quiroga?.Estaré atento a tan buena moza señor De Quiroga, no creas que haré mal mi empleo…- Así estuvo el joven varios minutos hasta que por fin consiguió que saliera del coche que conducía

Ramón. " Apasionada juventud la que nos rodea aunque la enfermedad se cura con el paso del tiempo" pensó mientras se reía vehementemente.

La cabeza de Ramón parecía una gran bruma sobre algo que le inquietaba. Algo hacia que solo miraba al frente, no llamaba a ninguno de sus acomodadores para menesteres normales de su empleo, algo que parecía bastante inusual en su cotidiana formar de actuar dentro de un tren. " ¿No tiene sentido nada?" "¿Por qué hará algo de semejante absurdidad?". Algunas cosas no parecen tener sentido en nuestra cotidiana forma de construir nuestras tareas diarias pero, ¿Y si todo tuviera sentido?. ¿Y si hubiera siempre un plan en nuestra cabeza?. Si existiera un orden establecido para que suceda lo previsto sin haber pensado conscientemente. ¿Ya sabemos lo que pase antes de que llegue?. Será la sorpresa entonces un actor de nuestra conducta para engañarnos a nosotros para evitar el dolor. Ramón solo podía mirar el sin sentido de lo que pasaba antes sus ojos pensando "La guerra ha afectado demasiado a las personas de este país".

Próxima estación "Sol" citaba uno de los pregoneros en alto. Los coches del convoy no tenían muchos ocupantes en su mayoría, algún trabajador, algunos estudiantes que venían de la universidad de Alcalá de Henares, algún sacerdote junto algún beato ríe gracias. Un señor gordo del vagón dos hablaba a gritos con su esposa alegando que tenía una hambre atroz, mientras su mujer maldecía a su lado la hora en que contrajeron matrimonio. El tren tenía una calor acumulada por los pasajeros que mucho optaron por despojarse de sus chaquetas y abrigos, entre ella la muchacha morena del vagón uno; tenía una belleza exuberante, unos hombros finos tapados por su blusa blanca, una nariz delicada y pequeña que media menos que un pulgar y unos labios tan finos… Eran verdaderamente hermosos. Entre los vagones se encontraban un acomodador que miraba con determinación a esta muchacha la cual ya se había notado de su descarada fijación por ella; solo llamaba la atención por su pelo cortado como si hubiera el barbero tomado por molde un cazo para calentar al "baño María", no era su discreción una de sus virtudes, su nerviosismo en el movimiento de las manos lo hacía bastante cómico.

Félix era un joven de apenas quince años. Provenía de una familia realmente humilde de una barriada moderna que se hacían antes de la guerra para albergar núcleos familiares debido al crecimiento de las fábricas. Félix era el menor de tres hermanos, los otros dos murieron en diversos frentes de la guerra. Ellos antes de la guerra solían jugar con más jóvenes en el pozo de la plaza mayor, la rayuela, una pelota o el pillar servía para ahuyentar el hambre para los pequeños de estos barrios. Cuando comenzó la guerra Manuel (su hermano) defendió el gobierno Republicano en el frente madrileño. Su hermano José era soldado peón caído en las revueltas de Málaga, esto sucedió en aquel barrio en numerosas familias durante la guerra. Desde agosto empezó Félix a trabajar como acomodador para llevar algún beneficio económico a casa.

El primer día conoció a Encarnación "La Taquillera", de la cual se enamoró locamente, un amor adolescente y pleno. Félix no se atrevía a declararle su amor, apenas podía tartamudear alguna palabra cuando hablaban.

-Último parada Sol.- Volvió a pregonar el acomodador encargado de nombrar una a una las paradas del circular.
- Espero que cumpla bien Félix su trabajo.- Dijo en voz baja Ramón mientras empezó a hacer la maniobra de frenado. Pulsó la palanca de la derecha por último cuando el tren se detuvo por completo en la parada. Entonces se propuso en actitud chulesca contra la silla a realizar un acto consuetudinario, que consistía en fumarse un cigarro Celaya mientras veía salir a todos los pasajeros dirrección a la puerta. En los años en los que vivimos llevar un tren puntual y a salvo es una tarea que merecía una celebración. Y así empezó, una pareja joven discutía en el andén lo cual llamó la atención de toda la estación; sus chillidos hizo que algún pasajero se metiera de por medio para evitar que la situación llegara a mas. Sin embargo, de todos los pasajeros y de todas las historias Ramón desde la neblina que se percibía de su ventana solo buscaba la melena imposible de una pasajera.

Pocos minutos después se escuchó en la puerta de la cabina una llamada nerviosa.
- Pase.- Dijo Ramón de forma seca, pausada y desagradable.
- Buenas noches señor De Quiroga, ya he tenido en cuenta sus indicaciones, no me he separado ninguna mirada de ella y se ha ba…- Antes de acabar le terminó la frase el propio Ramón.
- En la última parada.
- Exactamente señor. Yo he trabajado bien no me he separado. No quería desaprovechar la oportunidad señor. Yo cumplo.- Entre aspavientos del joven, Ramón percibe a la muchacha marchar por la puerta de un modo veloz.
- Don Ramón, ¿Por qué tanto interés?. Para el una moza decente.
- Nada importante. Solo me recuerda a mi pasado.
- Señor el pasado nos hizo daño a todos. A veces es mejor olvidar.- Era la primera vez que el acomodador pareció hablar con algo de sensatez. Ramón se dió cuenta de ello por lo que decidió premiar al joven con unas monedas de propina.
- Por cierto joven Félix. Volviendo a mi pasado me acordaré de ella.- Repuso Ramón sonriendo.
- Señor De Quiroga no sabía que le gustará el tango, es muy bonito el tango. Mi madre me ponía a Gardel cuando era muy mozo.- Muy nervioso contestó esto último.
- Me gusta el tango como a tí " La Taquillera".- Dijo riéndose Ramón mientras se acababa otro Cigarro y contaba los que quedaban en la pitillera.
- ¿ Cómo…. Co…. Como sabes eso Don Ramón?. Yo…- Dijo tartamudeando mientras se ponía colorada toda la piel de la cara.
- Yo también he sido adolescente. Marcha a casa joven Félix es tarde.-

Con un gesto afirmativo salió de la cabina el joven cuando se anunció la llegada del cercanías que conducía Jaime. " Siempre llega tarde" pensó en voz baja Ramón mientras terminaba de poner a punto la cabina y tarareaba el citado tango de Gardel, por un momento volvió a tener quince años en la plaza Santa Marta. Volvió a ver a Rosa con su pelo rubio recogido mirarle de reojo mientras él se volvía loco de amor en aquel rincón de la plaza, tan despistado se puso, que Manuel robó el balón y marcó en su contra. Era la primera vez que al recordar a Rosa no lloraba ni desataba su ira, esta vez solo sonreía mientras intentaba atarse al recuerdo de su aroma. Era la primera vez que los recuerdos de aquellos años no dañaban a Ramón. Aquel joven, había identificado al Ramón de sus recuerdos; joven, intenso, sentimental, enamorado y sobre todo feliz.

De pronto empiezo a salir una cantidad de personas importante del tren que llevaba Jaime. Personas con mochilas, maleta, un emigrante del campo trajo para su casa una gallina, jóvenes que deambulaban de un lado para otro… De pronto Jaime sale de la cabina con rostro cansado mientras se limpiaba las manos sucias de grasas en un paño blanco. Viendo que Ramón aún seguía allí Ramón decidió avanzar hacia el andén de su compañero el cual bajó de su convoy.
- Que día más duro Ramón, no sabes lo que he pasado.- Dijo con resignación Jaime mientras se guardó el trapo en el bolsillo del chaquetón y se encendía un cigarro.
- ¿Que motivo habría para que alguien se montara en la primera parada de un circular y bajarse en la última?. Apenas están a veinte minutos andando; no compensa hacer una locura como esa. Si te subes tendrías que esperar casi dos horas o incluso más si existe algún tipo de retraso.- Era la primera que Ramón le empezaba un tema en mucho tiempo.
- Deberías descansar Ramón. Te tomas demasiado enserio tu trabajo.
- ¿ No se te ocurre nada el Por qué?.- Insistió Ramón.
- Esa joven ronda demasiado por tu cabeza. No tiene sentido ninguno que haga ese hecho, pero tú no vas a solucionar nada. No crea que vas a poner fin al carácter irreverente de esa pobre muchacha. Debes descansar Ramón.
- A lo mejor llevas razón.- Dijo con resignación el más alto de ambos.

Estuvieron juntos hasta que acabaron de fumar su Celaya. Posteriormente ambos marcharon para sus hogares por la puerta principal. Ambos anduvieron a paso muy ligero para quitarse del frío que arreciaba, este frio era verdaderamente castigador para el propio cuerpo. Andando por las esquinas que aún tenían vida un grupo de agentes saludaron a Ramón el cual devolvió el saludo de modo educado. Una vez llegada a la esquina de su casa se dispuso a entrar en el portal mientras sonaba Estrellita Castro en la voz de una vecina:

"Mira, mira la lunita
con su carita empolvá,

como se ríe, se ríe,
mírala que resalá.
Ay, qué guapa está la luna
con su cara enamorá."

Ramón subió por las escaleras mientras pensaba en todo lo sucedido durante aquel tren. Jaime llevaba algo de razón entendía él, pero le hacía el volver a su pelo negro y a sus manos finas e intensas. Necesitaba saber quién es, el porque de su discreción, de su mirada, de su prisa, la intensidad con la vive aquel tren. Algo le hacia volver a ella, volver a conducir ese tren. Sin embargo, pensar en su pasado nunca le hizo bien a Ramón.

Una vez dentro de su casa, empezó a terminar pequeños menesteres domésticos mientras seguía dándole vueltas a la cabeza. No sabía si abrir su propia caja de Pandora sin saber a qué le llevaría. Sin saber si podía hacerle daño. Pero de algún modo debía quitarse la espinita que le perseguía durante aquellos años, necesitaba sobre todo entender el porque de algo verdaderamente absurdo. Con esta idea se fumó un cigarro en su alcoba sentado en la cama, para posteriormente acostarse. Así acabó aquel día, donde lo empezó y sin respuestas pero con más preguntas.

Capítulo 3

"Algunas veces hay que decidirse entre una cosa a la que se está acostumbrado y otra que nos gustaría conocer." Paulo Coelho.

"Buenas Tardes.

Por motivos personales pido el cambio al turno de tarde-noche para todos los días. Espero señor regente que tenga en consideración mi petición y contesté pronto mi telegrama. Gracias. Tenga un cordial saludo en Dios.

Para: Gerente de maquinistas- Madrid.
Remite el telegrama: D. Ramón De Quiroga."

" Buenas Tardes.

Existe una vacante en el tren que alguna vez has conducido (Atocha-Alcalá De Henares- Sol). La ocuparás a partir de hoy mismo. Su sueldo y sus condiciones de empleo se mantendrá con las condiciones anteriores.

Un abrazo

Para: Ramón De Quiroga.

Remite del telegrama: Gerente de maquinistas- Madrid."

Así Ramón comenzó a ir todas las noches a la estación de Atocha donde se encontraba todos los días a Jaime, la muchacha desconocida, el camarero, Félix... Empezó la rutina de saber algo sobre ella, una pista, pero ni siquiera se saludaban. Al final aunque no tuviera sentido, Ramón optó por ignorar la presencia de la joven. Empezó a no importarle su absurdez. La dejó al margen de sus pensamientos, acabó como una batalla perdida.

Quedaba poco para comenzar las Navidades de 1944. Una borrasca sacudía toda la Península Ibérica, llovía fuera de Atocha aquella noche sin medida, con una fuerza incalculable. Todo el que llegaba a la estación, lo hacía entero mojado y al borde de una hipotermia.
- Valiente frío este… No me funciona ni el maldito encendedor... Ramón présteme el suyo…- Dijo Jaime mientras se sacudía la barba. Ramón sin hablar le Dió el mechero.
- Gracias Ramón, me han invitado a unas copas unos amigos en el " Café París", yo no suelo salir mucho así que le tengo que pedir un favor. Acompáñame.-
- Jaime no me gusta salir… Prefiero quedarme en casa.- Repuso amablemente Ramón. Mientras los pasajeros subían a sus respectivos trenes intentando secar sus pertenencias. En ellos no faltaba la joven del vagón número uno.
- Deberías desconectar un poco, nunca haces nada divertido.- Insistió Jaime, viendo que Ramón no le replicaba decidió continuar.- No voy a obligarte a nada, se acercan Las Fiestas… Si te acabas decidiendo por ir, te espero a las 00:45 en la puerta. Así nos da tiempo a cambiarnos.

Se acercaron cada uno a su andén esperando que se hiciera la hora justa para entrar. Entró en ese momento Félix que saludó a Ramón de un modo nervioso como era común en él. El humo dentro del tren era más agobiante que otros días, debido a que la gente empezó a fumar sin abrir ninguna ventana y a cantidades mucho mayor debido a que en la calle era imposible darle una bocanada a un cigarro. Entró en la cabina, había un niño pequeño que lloraba tan fuerte en su coche, que era percibido por el propio Ramón. A pesar del ruido, no había mucha gente en los vagones del tren, se notaba que el tiempo había hecho mella en los ánimos de las personas. No era un día para coger el tren acaso que hubiera algo necesario que tratar.

Antes de empezar a conducir, el propio Ramón sabía que tendría problemas para llevar el tren a su hora. El agua en los raíles, el frío, y la falta de visibilidad eran inconvenientes tan grandes que ni el mejor conductor podría evitar algún tipo de incidente. Así que activó la palanca, y empezó a circular el tren a buen ritmo para intentar ganar algo de tiempo en caso de que hubiera algún tipo de problema.

Todo funcionaba tranquilamente o eso parecía. Ramón se dió cuenta de un sonido que provenía de la caja de cambios. "Esto se va a parar" pensó en voz baja. "Cómo se pare y me moje no estaré de animo para nada". Mandó a llamar a Félix el cuál llego en menos de un minuto. Y empezó a decir:
- ¿A pasado algo señor De Quiroga…?. He venido lo más rápido posible. No sabía si necesitabas algo y he corrido lo máximo posible. De verdad señor Quiroga.
- Probablemente el tren se pare en unos minutos. Obedece a todas mis órdenes y no cuestiones ninguna
- Si señor De Quiroga.- En ese momento procedió a salir Félix de la cochera del conductor.

Apenas pasó cinco minutos de aquel hecho cuando el tren, se paró en medio de la nada. La situación siempre es la misma: se para, la gente protesta, se baja el conductor lo arregla, vuelve la luz y marcha el tren. Un protocolo no escrito que se llevaba al pie de la letra.

Cruzó el primer vagón donde se encontró con Félix.
- Baja conmigo.
- Si señor.- Estaba demasiado nervioso, la gente les acusaba. Un pobre muchacho como Félix era incapaz de aguantar la presión en estos momentos.- Señor Quiroga, ¿ Podrás arreglarlo?. No quiero que se forme un motín dentro, y nos hagan daño.
- La gente no sabe conducir trenes, si hacen el motín solo serviría para divertirse en la espera.- Lo hablaban mientras se reunía con dos acomodadores, uno de ellos era el hombre de poca estatura, el cuál no tenía humor por una discusión con Matilde "La Panadera".

Llevando un par de minutos mirando la caja lateral del tren, Ramón se había tranquilizado porque apenas era un problema que con un par de movimientos se podía arreglar. No era nada importante lo cual hizo que el ambiente en los raíles fuera bastante distendido.

De pronto, escuchó una voz femenina en el exterior del tren. No llovía mucho en ese instante lo cuál permitió que alguien bajara del convoy. Félix se puso a agitar las manos de los nervios probablemente pensara que le lincharían como un animal en alguna feria de pueblo. Un acomodador en ese instante de forma apresurada:
- Señor Quiroga, una dama ha bajado y está quejándose a voces.- Dijo asfixiado.
- ¿ Del vagón uno?- Preguntó serio Ramón.
- Si.
- Morena y joven, ¿Verdad?.- Volvió a preguntar.
- Si.
- Ven conmigo.- Le dijo Ramón a Félix y se acercó a donde estaba la mujer abajo en las piedras de los raíles.

- ¿Se cree usted que la gente no tenemos nada que hacer?. ¡Haz bien su trabajo hombre!. No puede ser que cada mes me pase esto por la incompetencia. Tengo una cosa importante que hacer, una reunión. ¿No lo sabe?. Pues se lo contesto yo. ¡Tengo una reunión demasiado importante!.- decía la joven muchacha morena mientras se acercaban. Tenía una estatura pequeña, pero su carácter la agigantaba en la oscuridad.
- Vuelva a su vagón.- Dijo Ramón totalmente serio, más enfadado que lo anterior. Su forma de decirlo imponía, pero no lo suficiente para que la joven subiera al vagón.
- ¿ Quien se cree… ?. Señor De Quiroga.- Dijo mientras se fijaba en la chapa del pecho del maquinista. Mientras a Félix, al lado de Ramón seguía la conversación como un perro obediente. El miedo se apoderaba de el joven lo que propiciaba su nerviosismo manual de un modo bastante cómico y ostensible.
- El maquinista de este tren. ¡No se lo vuelvo a repetir, suba a ese maldito vagón!.- El tono daba miedo, tanto que el acomodador sintió un escalofrío, y no sabía si las lágrimas que le empezaron a caer era del frío o de miedo.
- No me voy a marchar.- lo dijo inclinándose hacia el maquinista ahí se fijaron en lo pequeña, delicada y dulce que parecía aquella muchacha pero las apariencias engañas.
- Félix, llama al guardia del tren.- Lo dijo mientras no quitaba los ojos en su mirada.
- Si señor.-
- No es usted capaz.- Dijo ella mientras más gritaba.

El joven subió por las escaleras al vagón, cruzando personas en los vagones dirrección el último donde suele estar un policía de guardia para casos como este. Era sorprendente, ningún pasajero increpó al joven que perdió el miedo a una tángana masiva dentro del tren. "También es verdad que la gente prefiere estar aquí dentro que en el exterior mojándose" pensó para si mismo. Intentó alcanzar el último vagón lo más rápido posible entre la dificultad que ponía la oscuridad del tren. "Tengo que llegar antes de que la mozuela haga algo. Bastante carácter tiene este Ramón para una bronca innecesaria". Seguía pensando cuando veía al policía en el último vagón hablando con una acomodadora.

- Se… Se… Señor…- Se notaba a Félix muy nervioso por lo sucedido abajo. Esto hizo que su tartamudeo fuera más exagerado.
- Relajate muchachillo, ¿Ha pasado algo?.- contestó el policía mientras se recomponía por si tuviera que actuar de modo inminente.
- Una… Señorita ha bajado donde el maquinista arregla… ahora dis… discuten… Le solicita Ramón…
- Santo Dios, ¿Eso es cierto?- Dijo con incredulidad el policía.
- Si señor.- Empezaron a correr ambos entre los vagones para llegar lo antes posible. La gente se escandalizó un momento mientras los acomodadores tranquilizaban a los pasajeros. Siguieron corriendo hasta

llegar a la puerta donde necesitaron de la escalera para bajar a los raíles donde ya se escuchaba el griterío de ambos en la discusión.

- Sepa usted señorita, que no voy a dejar que se dirija a mi persona en eso términos.- Decía Ramón, bastante exacerbado por la situación.
- ¡No voy a cambiar porque usted me lo diga!.
- Suba ya, déjeme acabar esto señorita.- De pronto aparece el policía junto a Félix los dos bastante asfixiados por la carrera.
- ¿Sucede algo señor De Quiroga?.
- Sí, esta señorita ha bajado del vagón a increpar mi trabajo. No puede estar aquí.
- Señorita, procede a subir al vagón o tendré que detenerla cautelosamente, ruego que acabemos bien la situación.- El maquinista, acompañó a la joven a su vagón que cerró los puños con rabia. Mientras Félix y Ramón volvieron al trabajo para evitar un retraso mayor.

Ramón se encontraba bastante enojado por lo que Félix no quería decir nada, tenía miedo de pagar las consecuencias de aquel enfado. Durante la reparación el propio Ramón sin dirigirse a nadie se manchó hasta el codo el uniforme de un líquido grasiento negro, por lo que aumentó su mal genio el cual se veía reflejado en la cara. Poco después se escuchó un pequeño chasquido dentro de la caja de cambios que estaba manipulando lo que provocó un pequeño suspiro de alivio, diez segundos después se encendieron las luces.

Ya dentro de su cabina se cambió la camisa por otra de respuesta que tenía una arruga bastante llamativa en el cuello. Se encendió un cigarro y volvió a arrancar el tren, cuando volvía a llover con gran intensidad. Pero Ramón no quería saber nada más, estaba bastante enfadado.

El tren prosiguió a buen ritmo a pesar de la fuerte lluvia lo que provocó recuperar gran parte de retraso. Eso también relajó a Ramón que recordaba la proposición de Jaime. "Este hombre nunca tiene planes, algo querrá y por eso quiere que lo acompañe." Una vez llegó a la estación "Sol" mandó a llamar a Félix, mientras encendía un cigarro llegó el muchacho.
- Buen trabajo, daré un parte positivo a sus superiores.- Dijo Ramón nada más llegar. Se ruborizó su contrario el cual no sabía que contestar.
- ¿Crees que le pasará algo a la moza?.- Preguntó Félix preocupado.
- No, simplemente necesitaba un pequeño escarmiento.
- Me tranquiliza Don Ramón. No me gustan estas riñas, ella lo ha hecho mal pero no creo que sea mala mozuela, eso parece y no es motivo para que detengan a nadie. Quiero decir que usted lo hizo bien pero no quiero enfados absurdo.- Empezó tan rápido a hablar que provocó la risa de Ramón. Pensó por un instante, en la gran riña que soltó por su boca Rosa cuando antes de la guerra pegaba carteles de UGT. Aún la recordaba hablar a viva voz en un discurso sobre la República y el modelo británico de gobierno, solo la callaba cuando se acercaba a besarla.

- No se preocupe Félix, estará bien. Tampoco me gusta estas cosas en mi trabajo.- Dijo Ramón con una amabilidad sorprendente. Continuaron hablando hasta que llegó el tren que dirigía Jaime, el cual al salir de enteró de lo acontecido en el tren de su amigo.

Cuando terminó de fumar Ramón, cogió la camisa manchada de grasa y la metió en una bolsa para limpiarla en su casa. Con una sonrisa le esperaba tras la puerta Jaime, que nada más verlo bajar le dijo:
- No te preocupes a mí también se me paró el trasto este.- Lo dijo con tono de broma lo cual sacó la risa de Ramón.
- Fue un día duro, una joven bajó al vagón.- Antes de que Ramón terminara, Jaime le contestó.
- Ya me han contado, lo sabe toda la estación de Atocha.- Dijo mientras se reía.
- También esa maldita cajas de cambio que falla mucho, al menos he podido arreglarla
- A mi me ha pasado lo mismo,.- Dijo Jaime en voz dulce a lo que siguió:
- Deberías desconectar de tu trabajo, no puedes tenerlo en tu cabeza todo el día. No te lo he dicho solo una vez.
- Me gusta lo que hago.- Dijo Ramón con conformismo.
- Todo el mundo sabe, que no lo haces por amor a tu trabajo. Intentas ocultar tu pasado con los raíles.- Dijo Jaime entre bocanadas del cigarrillo. Era lo que todos pensaban, pero nadie se atrevió a pronunciar en su presencia el diagnóstico que le atribuían. Todos sabían que su padre luchó contra el levantamiento a las afueras de Toledo. Murió pronto por un disparo, su madre poco después de la guerra falleció de una enfermedad pero poco más se sabe de los años de guerra del joven Ramón.
- Sabes que no me gusta hablar de aquellos años.
- Nadie te ha pedido que lo hagas pero no puedes vivir ahogado por tu pasado.- Dijo Jaime realmente tierno. Viendo que no contestaba decidió seguir. - Ramón, eres un buen amigo, solo me preocupa tu actitud. Todos perdimos en la guerra, pero hay que seguir.- Viendo que Ramón no contestaba se calló y fumaron mirando a la nada, mientras dejaban paso a una anciana que intentaban pasar hacia la puerta con un bastón.

Al acabar, Ramón tiró el cigarro a la vía. Miró hacia la puerta, cogió la bolsa con su ropa manchada de aquel aceite negro e hizo el amago para despedirse de Jaime pero antes se adelantó su compañero:
- ¿Vas a venir esta noche?.- Dijo Jaime, no es mal hombre el que me ha invitado.
- No estoy de ánimo.- Ramón empezó a marchar dirección la puerta de siempre mientras se preparaba para abrir el paraguas.
- No seas tozudo, solo un rato. Si no estamos agusto marchamos. Lo prometo.- Parecía bastante convincente la oferta de Jaime. Pero ya nadie podía parar a Ramón que ya estaba a una distancia considerable de donde se encontraba. Entonces gritó en voz alta el propio Jaime.

- ¡A las 00:45 en la puerta!. Te voy a dar cinco minutos de margen.

Capítulo 4

"Madrid es una excusa para contar historias." Francisco Umbral.

El Reloj de El Retiro marcaba las 00:40. La noche había quedado tranquila, ausente, dulce, pasajera y perfecta. La lluvia parecía haber cesado, dejando por último testamento los charcos en el suelo; los pajarillos bebiendo de ellos y los paseos agarrados de la cintura. Madrid radiaba belleza en cada palmo, en cada miradas al río. Madrid por la noche después de la lluvia, era la furia en calma; un alma tranquila. Madrid era una mujer sin maquillar, que después de lavarse la cara se veían sus impurezas que la hacían sencillamente perfecta.

En un rincón de esa perfección como besando El Retiro se encontraba El Café París. Los cafés eran los lugares donde las personas huérfanas de cultura encontraban en un consuelo en esos tiempos donde el hambre era la única preocupación por la sociedad. En los cafés por un precio módico te codeabas con grandes don nadie. Aquí no sobraba nadie, eran lugares donde pocas clases sociales solían existir, mas solo era un refugio para pobres pecadores del régimen.

Un joven con barba, con un porte elegante el cual era tapado por su gabardina oscura se hacía llegar a la puerta del café. Se detuvo y miró hacia los cristales que permitía ver el comedor de la planta baja, pero no veía a quien le había ofrecido la invitación. "Espero hasta menos diez y entro. Espero que el largo de Ramón aparezca." Una pareja entró, lo cuál hizo que Jaime tuviera que moverse del todo rojo de la puerta que lo cobijaba. Ramón seguía sin aparecer mientras Jaime miraba el reloj, se desesperaba esto se hacía evidentemente por como resoplaba. " No me creo que Ramón no vaya a venir. Le quedan dos minutos a este hombre". De pronto por la esquina, un hombre con sombrero y de gran altura se dirigía hacia la puerta del Café París lo cual hizo esbozar una sonrisa al joven de barba que lo esperaba.
- Siento el retraso.- Dijo Ramón mientras sacaba del bolsillo interior de su chaquetón la pitillera y encendió un cigarro.
- Se me hace raro verte así, sin tu uniforme.- Dijo Jaime mientras hizo una acción similar a su amigo.
- ¿ Querías que viniera con el traje de maquinista?. Más cómodo es.- Bromeó Ramón lo cual hizo que ambos soltaran una pequeña carcajada.
- ¿Quien te invitó a la reunión?.- Preguntó entre bocanadas de humo Ramón.
- Era un viejo compañero de clase. Estudiamos la básica juntos, después de clase solíamos jugar en la plaza de abajo. Le perdí pista cuando la guerra, pero hace unos días de vuelta a casa choqué con esta persona para grata alegría. Me dijo de que unos amigos y él se reunían todas las

noches en el Café, que viniera esta noche y los conociera.- Dijo Jaime con pausada elocuencia.
- ¿Eras un niño de los Escolapios?- Bromeó Ramón sin apenas reírse, todo lo contrario que Jaime el cual no pudo parar en unos segundos y replicó:
- Soy católico, apostólico y romano, ¿ De donde piensas que me viene?.- Dijo Jaime aumentado el tono de broma.
- ¿Tu?. ¿Católico?. Maldito seas a veces Jaime.- lo comentó Ramón mientras se reían ambos.

Pocos segundos después, tiraron la colilla sobre el charco que había formado bajo el bordillo de la acera. Jaime haciendo un gesto con la cabeza a Ramón le indicó que era buen momento para entrar, así que ambos no divagaron ni un segundo y cruzaron esa puerta. Dentro, cruzaron el pasillo central entre mesas de comensales pero ninguno parecía ser el amigo del joven con barba, el cual confuso junto a su compañero se acercó a la barra. Ramón con el sombrero en la mano, se reía por el agobio de Jaime el cuál parecía ser objeto de una broma. Un camarero entró en la barra preguntado con amable cortesía:
- ¿Desean algo caballeros?.
- Perdone, estábamos buscando al señor Romero Torres.- Contestó Jaime.

- Un momento, señor.- El camarero avanzó por una escalera hacia arriba.

Mientras Ramón y Jaime abajo, no estaban tranquilo sobre el lugar donde estaban. Ambos sacaron un cigarro y empezaron a fumar para hacer tiempo mientras volvía a bajar el camarero. El Café París era verdaderamente acogedor por dentro, sonaba algo parecido al jazz mientras la gente cenaba, leía, se reía pero siempre con un tono agradable, lejos del estruendo diario que azotaba en la estación de Atocha. Entonces una camarera les invitó a que se quitaran la gabardina. Ambos lucieron al público sus trajes oscuros con camisa blanca y cuello italiano, un clásico dentro de los trajes. Ramón Lucía su corbata azul marino mientras Jaime una corbata color crema lo cual hacía evidente su falta de actos sociales en mucho tiempo.

A los pocos minutos llegó el camarero de nuevo, el cual les dijo.
- Seguirme por favor, les estaba esperando el señor Romero. Siento la tardanza. Ahora mismo le subirán sus pertenencias.
- ¿Subimos?- Preguntó Ramón con voz bastante seria.
- Sí, el señor Romero se encuentra en el salón de socios como cada día. Él y sus amigos son bastante habitual en las noches del Café. Tengan cuidado con los escalones señores.
-¿ Es señor Romero es socio?- Volvió a preguntar Ramón.
- Desde hace muchos años caballero. Desde que volvimos abrir tras la guerra. Yo llevo cuatro años trabajando y no recuerdo dos días seguidos que haya faltado por aquí.
- De los Escolapios salió, como se nota…- Dijo Ramón hacia Jaime

mientras ambos se reían.

Un vez subida las escaleras, llegaron ambos a un descansillo. El camarero se despidió de ellos alegando que a partir de ahí corresponde a otro personal diferente. Jaime le pidió permiso al viejo metre de la puerta para poder pasar, este sin problema ninguno corrió la puerta. Entraron y vieron una sala con sillones alcolchados en color arena en forma semi circular, en medio de ellas una mesa con una luz tenue que enfocaba al centro. Estaba la sala con apenas cuatro o cinco grupos, mientras el toca disco sonaba un bolero cubano a media voz:
"Dicen que tus caricias no han de ser mías, que tus amantes brazos no han de estrecharme…" Ambos avanzaron poco a poco acompañado por el metre, entonces un hombre rubio de ojos claros se puso en pie con un traje de chaqueta beige y se acercó para recibirlos con excesiva euforia:
- ¡Jaime!.- Dijo en alto el rubio.
- Joaquín.- Ambos se abrazaron , con absoluta felicidad de viejos amigos.

- Imagino que serás un amigo, encantado soy Joaquín Romero. Aquí tienes un amigo.
- Yo Ramón De Quiroga, igualmente.- Ambos se fundieron la mano en un ambiente sumamente cordial.
- Por favor.- Dijo Joaquín mirando al camarero.- Sirva dos vasos del mejor Ginebra para mis dos buenos amigos. Por favor acompañarnos a la mesa y os presento a un par de amigos.

Ambos caminaron hacia la mesa donde estaban sentado sus amigos. Pero no podía ser, era absolutamente una broma del destino. La joven de pelo negro, la muchacha que hace sólo unas horas le había puesto tan complicada estaba ahí sentada.
- Aquí están, Rafael Moyós; Noa, la guapísima mujer de Triana; Julia y Miguel Pedrero.- Todos hicieron un gesto agradable menos la morena del tren. Qué habló.
- Me parece a mí que ya nos conocemos, este es el maquinista que ha intentado encerrarme hoy.- Dijo enfadada Julia, mientras todos entraron en asombro por un momento. Noa entonces dijo para evitar la tensión.
- Anda Julia no seas malaje, anda si yo hubiera tenido un maquinista así hubiera venido a Madrid…- Esto provocó la risa de todos, e hizo un ambiente algo más cordial.

Jaime, pasado los minutos, se atrevió a preguntar entre risas:
- ¿Ustedes de que os conocéis?.
- Joaquín y yo somos viejos conocidos antes de la guerra.- Dijo Rafael Moyós mientras bebía un buche del vaso.
- Joaquín me daba clases de literatura en la universidad, me gustaba el arte y me ofreció pasarme por el Café. No era buen profesor aunque lo parezca.- Dijo Julia mientras se quitaba los guantes.
- Ojú miarma, yo llegué de Sevilla y empecé a estudiar para profesora junto a la morena. Ella fue la culpable. Yo era la que encontré un libro

censurado en la taquilla de Miguel, y en vez de hablar con un picoleto lo traje.- Mientras Noa lo decía Miguel se ajustó su camisa y confirmó con un guiño.
- ¿Sois republicanos?- Preguntó asustado Jaime.
- En este país ya no queda esa especie.- Respondió Rafael mientras los demás reían.
- Mi querido Jaime.- Dijo con ternura Joaquín.- Nosotros no somos republicanos, simplemente hablamos de lo prohibido.- Eso hizo reír a Noa que levantó la ceja en un tono irónico.
- En este café, los socios pasan un exhaustivo control para subir aquí. Es un sitio seguro. La forma de pensar de las noches, no sirve de nada en las mañanas.- Dijo Miguel mientras pedía otra copa.
- Hemingway.- Dijo Ramón mientras se encendía un cigarro
- Ves, mi buen amigo, en el fondo todos somos iguales. Amamos el arte, aquí tenemos una de las pocas vías libres que quedan en esta sociedad. Simplemente disfruta. Por mucho que cierres el puño siempre encontrarás un hueco por donde entre luz.- Dijo Joaquín.

Pasado un rato de aquella conversación parecía que Jaime y Ramón se habían adaptado perfectamente al ambiente que se respiraba en el Café.
- Así que un maquinista de alta cultura.- Dijo Joaquín a Ramón.
- He leído algo nada más.- Se notaba incómodo a Ramón por la presencia de Julia.
- No te preocupes, ella es un caballo desbocado cuando se enfada. No tiene nada en contra de usted.- Le dijo Miguel a Ramón.
- Imagino que lleva razón. No quise molestarla. Ella bajó, era peligroso pero no entraba en razón. Hice lo que tenía que hacer para protegerla.
- Sabéis que me encanta esta canción corazones.- Dijo Noa mientras empezó a cantar con una mano en el hombro de Rafael - "Me queda el consuelo del que al llegar tu hora mala con un pañuelito blanco…"-. Esto provocó la risa tímida de Julia que estaba espectacular con un traje negro, de botones rojos en el pecho.

Parecía que ya estaban todos afectados por el alcohol. Cuando, ya nadie estaba en el salón de socios, Rafael se levantó para ir al servicio, entoces Noa empezó hacer broma sobre su calva.
- ¡Para Ya!. A veces puedes llegar a molestar.- Dijo Joaquín mientas se desabrochaba la corbata.
- Miarma, todos no tienen tus ojos azules.- Dijo mientras bebía otro sorbo de su vaso.
- Deja el vaso ya Noa, siempre eres igual. No puedes beber así.- Fue de lo poco que dijo Julia en casi toda la noche.
- Déjame, no estoy haciendo nada malo.- Así siguió con su vaso y cantando por Concha Piquer un buen rato.
- No os preocupéis, ya os acostumbraréis. La grandes copleras necesitan su espacio.- Dijo Joaquín mientras provocó la risa de Jaime y Ramón los cuales, se notaban bastante perturbados por el alcohol.

Se levantó Ramón para ir al servicio, en ese momento, notó que todo le da vueltas sobre su eje. Se acercó a la puerta del baño aguantando la compostura. Una vez dentro echándose agua en la cara pudo estar algo más lucido. "Podría acostumbrarme a esto." Volvió a echarse agua en la cara, sonrió e hizo un par de estiramientos para ahuyentar la cogorza. Entonces por la puerta entró Rafael con su cabeza totalmente ausente de cabello:
- No creas que he olvidado quién eres.- Dijo de un modo enfadado. A Ramón se le había borrado la cara de felicidad. Prosiguiendo dijo: - Te cambiaste de bando por aquella maldita joven.
- Nunca me cambié de bando, no podía evitar amarla.- Dijo en voz alta Ramón.
- Todos saben que las autoridades no te buscaron por intentar salvar a esa niña.- Dijo Rafael mientras se apoyaba en lavabo mirando hacia abajo.
- Tu te salvaste por algo parecido.- Reprochó Ramón mientras se encaraba con la pared. Y continuó: - Siento decirlo, pero volvería hacerlo.
- No te estaba juzgando, simplemente no olvidó quien eres.
- Camarada Moyós, las ideas no sirvieron para nada. Se mataban hermanos, moríamos todos en cada disparo y mientras Europa se reía del mundo. Hoy todo a cambiado, pero no puedo olvidar lo que pasó. Todas las noches se me aparece su melena rubia desde aquel infierno que no es el mío. Yo perdí la guerra, y a nadie le importó mi vida.- Dijo Ramón mientras secaba las lágrimas.
- Los demás huyeron, ¿ Querías un telegrama de pésame ?. Busque por Montevideo, Buenos Aires o en Vichy. Allí quedan muertos en vida.- Dijo Rafael que seguía mirando para abajo.
- Lo siento, la vida era más importante que cualquier idea.
- Siempre fuiste un naturalista. Siempre hay algo más que las ideas. Pero a golpe de pistola se muere Ramón, solo queda el legado de lo que fuimos.
- ¡Usted no hace nada por la República!. ¡ Nuca lo hizo!. Lo siento y mil veces sentiré haberme enamorado de aquella chica, pero volvería a intentar salvarla.- Ramón hablaba desesperado mientras se les caía las lágrimas por las mejillas. - No sabes cuánto lo siento camarada Moyós.
- No se preocupe, de nada sirve. Yo también vendí mi alma. Preferí salvarme.- Empezó a llorar desconsolado.
- La guerra siempre estuvo perdida D. Rafael.
- ¡No me habla de Don, ahora no soy nadie.!- Tras decirlo Rafael golpeó el lavabo y se puso en pie. A la cara de Ramón siguió hablando: - No tiene porque pedir perdón, solo estoy algo borracho. Antes todo era mucho mejor o al menos para quienes teníamos todo. Ahora soy un simple profesor de básica.
- Nunca fuimos nadie, vamos a salir antes de que nos escuche alguien camarada.- Dijo Ramón mientras salía fuera,
- Yo me quedo un minuto más.

Mientras salía se encontró en el rellano que existía entre los baños a Julia.

Ramón pasó de largo sin apenas mirarla, la joven parecía haberlo escuchado todo tras puerta. Se acercó a la barra, esperando al que el camarero le atendiera intentó recomponerse tanto el traje como la corbata para mejorar su presencia. A los pocos segundo, llegó el camarero:
- ¿Deseaba algo caballero?
- Cobre usted mi parte y la de la señorita de vestido negro.- Puso el billete sobre la mesa, el cuál el camarero trajo el cambio. Cogió el dinero que guardó en el bolsillo interior de la chaqueta oscura y manchada Ginebra. Pocos segundos después, intentó llegar a la mesa aparentando un estado menos ebrio. "No estoy acostumbrado a beber así" pensó mientras se sentaba en la mesa. Jaime le hizo un gesto de amistad en su hombro mientras notaba la mirada fija de Julia en lateral de su cara. Ramón intentó olvidar lo que pasó en el baño encendiéndose otro cigarro Celaya.

Capítulo 5

"No era el hombre más honesto ni el más piadoso, pero era un hombre valiente." Arturo Pérez Reverte.

Julia, con esa esfinge que parecía una serpiente que caminaba, se acercó a la barra para saldar su deuda nocturna. Se sentó en el taburete, de un buche acabó su vaso dejando solamente el hielo.

- ¿ Desea algo señorita.- Como siempre, el camarero Preguntó con cortesía.
- Dime la deuda de esta noche, hoy he bebido más de lo común- Dijo con voz ebria mientras hacia movimientos que hacía evidente su cogorza.
- Señorita, su deuda la pagó hace unos minutos un compañero suyo.- Dijo el camarero, mientras lavaba el vaso.
- ¿Cómo?.
- Señorita, el muchacho alto sin barba de traje oscuro. ¿Lo ves?. Se está levantando ahora mismo junto a otros personas de su mesa. Él lo pagó.- Dijo el propio camarero mientras señalaba con la mirada.
- Muchas gracias. Acepte estas monedas de propina.- Dijo la muchacha mientras se puso en pie con una atractiva posición. Se acercó a donde estaban sus pertenencias y se empezó a poner un abrigo de pelo negro. Se puso en en el descansillo de la sala para fumarse un cigarro mientras miraba por una pequeña ventana todo El Retiro.

- Vamos para fuera. Ha sido un placer teneros aquí.- Decía Joaquín refiriéndose a Jaime y Ramón. Hablaban mientras se ponían la gabardina.
- Ahí te doy la razón Miarma. Buenas personas parecen estos mozuelos.- Dijo Noa bastante afectada por el alcohol.
- Muchas gracias. Nos pasaremos otro día por aquí, para pasar un buen rato. ¿Verdad Ramón?.- Dijo Jaime.
- Claro. Ha sido todo un placer.- Dijo Ramón mientras terminaban de hablar en el salón de socios.

Salieron Moyós y Miguel al descansillo donde ya estaban Noa junto a Julia. Dentro de sala quedaron Los otros tres. Entonces dijo Joaquín:
- Somos antiguos camaradas republicanos, mujeres universitarias, profesores de universidad. Aquí se escucha y lee lo más prohibido del Régimen. Sabemos de compañeros que están en el exilio. Tenemos capacidad de saber quién buscan para avisarlo antes de que los cacen los perros de Franco. Digamos que somos parte de una red no oficial y en este país solo existe la red oficial.- Dijo el rubio mientras se intentaba peinar.
- Entendido.- Dijo Ramón, mientras Jaime no podía hablar paralizado por el miedo.
- Solo pido mucha discreción, silencio absoluto. A la mañana nadie se conoce, solo aquellos que mantenían relación fuera. A la noche en este salón podéis ser quien ustedes queráis.
- Pero si alguien se da cuenta es muy peligroso.- Dijo aterrorizado Jaime que parecía no haber bebido una gota en toda la noche.
- Jaime, Jaime, Jaime… Antes de que vengan a por nosotros lo sabremos. La red solo pasa por el Café París, pero está por todas partes.- Dijo con seguridad Joaquín.- Solo aviso de que tienen que guardar silencio. Caballeros, los amores de los exiliados tienen que saber que siguen vivos y ellos de cuanto peligro de captura tienen. Nosotros tenemos derecho a leer la literatura sudamericana o la realidad de la guerra atlántica, la cual está acabada. Los amigos del Caudillo han perdido.- Dijo Joaquín, mientras sonreía.
- No se preocupe, cumpliremos el pacto.- Dijo Ramón para tranquilizar a su compañero.
- Sabía que nos llevaríamos bien.- Respondió Joaquín mientras abría la puerta y les ofrecía salir. Una vez todos en la salita de descanso anexa a la planta, volvió a hablar:
- Podéis volver el día que queráis. Siempre hay alguien a la noche con quién compartir algo.- Todos asintieron o dijeron algo parecido.

Una vez abajo, Moyós y Joaquín fueron para su casa por caminos diferentes. Lo mismo le pasó a Miguel que también marchó un par de calles más adelante. Sin embargo, los demás continuaron juntos andando en la noche madrileña. Noa cantaba coplas de Estrellita Castro mientras Jaime le aplaudía a su lado:
- En mi corazón
España te miro
y el eco llevará de mi canción
a España en un suspiro.- Cantaba Noa mirando al cielo.
- ¡Eres una artista.! Deberías llenar teatros en las grandes avenidas de Madrid.- Dijo Jaime mientras agarraba la cintura de Noa. Ella no era una mujer exuberante como Julia, pero tenía una belleza especial. Su espalda ancha, su cara redonda, su gracia… Tenía un cierto atractivo.
- No me digas esas cosas Miarma que me sonrojo.
- Yo te digo lo que sea para que me vuelvas a cantar otra vez.- No

avanzaban nada, así que Julia y Ramón decidieron sentarse en un banco de al lado del Retiro hasta que ambos compañeros pudieran proseguir el camino.
- Siento lo de esta mañana, señor De Quiroga.- Pronunció Julia en voz baja.
- No se preocupe.- Respondió él, mientras le ofrecía un cigarro a su compañera.
- Gracias. A veces puedo ser muy pasional sólo quería llegar a una buena hora al Café.- Dijo Julia a modo de excusa.
- ¿Eres de aquí? - Preguntó Ramón, mientras ella se encendía su cigarro.
- Nací en una familia noble de Salamanca, me vine a Madrid para estudiar Magisterio. Alquilé un piso en el centro y me encontré a Noa de vecina. También estudia magisterio. Ahí donde la ves, es una intelectual.- Dijo mientras empezó a Fumar.- ¿ Y usted, es de aquí?.
- Mi padre trabajaba aquí, yo nací en Toledo. Tras la guerra me vine para… Trabajar.
- Para olvidar el pasado. Escuché su discusión con Rafael. Mientras esperaba para entrar al servicio.- Dijo ella apiadándose de Ramón.
- Prefiero no hablar de ello. Todo quedó en el pasado.
- Resultó, Don Ramón, que no me caes tan mal como creía.- Sonrieron ambos, mientras se pusieron en pie. "Quizás no era tan diferente".

Mientras todos avanzaban, caminos a sus hogares. Ramón, achacado por la duda, Preguntó:
-¿Porqué coges el tren circular.? No tiene sentido que lo haga. Pierdes mucho tiempo.
- Lo hago para despistar a mis compañeros. Siempre es bueno tomar precauciones y no te vean entrar en el Café. Una mujer sola en estos sitios, puede tener problema.- Dijo Julia. Una vez contado esto, Ramón se alivió. Había conseguido uno de sus objetivos. Jaime por primera vez parecía feliz al lado de una persona lo cual llamó la atención de ambos acompañantes
- Nunca he visto a Noa tan feliz.- Comentó Julia con una sonrisa de satisfacción en los labios.
- Creo que Jaime no lo está menos, hacen buena pareja.- Dijo Ramón, mientras se reía Julia. Era la primera vez que mostraba la joven una actitud receptiva y más suave lo cual hizo que la mirada de Ramón no pudiera separarse de ella.
- Cuidado de que os reís corazones, ustedes si que hacéis una buena pareja.- Dijo Noa, esto provocó el sonrojo se Ramón.
- Ramón, mañana tenemos turno de noche. Es la última antes de las vacaciones de Navidad.
- Es verdad.
- ¿Os volveremos a ver? Miarma.- Preguntó Noa con pena.
- Deja a los caballeros es paz. El alcohol te hace mal, deberías plantearlo.- Dijo Julia reprochando a su vecina y compañera.
- Seguro que volveremos, no se preocupe.- Dijo serio Ramón.

Llegado al bloque de las compañeras. Se despidieron con dos besos, menos Noa y Jaime que se abrazaron en la oscuridad de la noche. Poco después prosiguieron hacia casa de Jaime, ya que Ramón no se atrevía a que fuera solo con la cogorza que tenía.
- ¿Crees que es seguro Ramón?- Susurró Jaime mientras miraba a sus compañeros.
- Mientras, no hagamos nada que esté prohibido, no habrá ningún tipo de problema.- Contestó el otro, seguro de su pensamiento.
- Nunca me hablaste de tu pasado.- Siguió reprochando Jaime.
- Ni lo haré.- Sonrió Ramón, mientras le contestaba.
- Siempre igual. ¿Volverás al Café?.- Volvió a preguntar Jaime.
- Probablemente. Preguntas mucho cuando bebes. - Dijo Ramón
- Te sienta bien salir Ramón. Deberías hacerlo más a menudo.

Pasado el rato, llegaron a la puerta de casa de Jaime. Acabaron la noche como la habían empezado, fumando un cigarrillo, este era el último de Ramón.
- Fumas demasiado Ramón.
- También lo haces tú, chico de los Escolapios.
- ¿ Me vas a tomar alguna vez enserio?.- Preguntó Jaime bastante enfadado.
- Si no te tomara, no estaría esta noche aquí.- Ramón se reía mientras contestaba.
- Esa muchacha morena… Julia, parecía que hacíais buena pareja.- insinuó en tono sátiro Jaime, mientras hacia un gesto con los hombros, que acabó con un golpe amistoso en la espalda de Ramón.
- No estoy interesado. Lo siento.- Ramón tiró la colilla, se puso en pie y dijo: - Descansa. Gracias por todo.
- Para eso estamos Ramón. Somos amigos.

Jaime subió entró por la puerta como pudo, decidió tomar la escalera para intentar mejorar su estado. Ramón lo perdió de vista y siguió hacia delante camino de su casa. Miró su reloj, que daban las 6:15. "Que tarde se ha hecho" pensó cuando de pronto empezó a llover. "Al menos estoy cerca". La cabeza no le parada de dar vueltas sobre lo que había pasado anoche y si verdaderamente era peligroso donde se exponían. Quizás el riesgo era lo que lo hacía feliz, eso pensó mientras buscaba por algún bolsillo de la gabardina.

- Por favor, avíseme a las 15:00 mañana.- Le dijo Ramón al portero.
- Perfecto.- Contestó su contrario, el cuál anotó en su agenda el nombre, la hora y el piso que ocupaba Ramón.-

Ramón, subió la escalera. Llegó a su ático. Dentro, se desnudó y se puso su pijama. ”Espero dormir antes de que amanezca" pensó mientras dejaba toda la ropa ordenada en el armario para llevarla al día siguiente a la lavandería. Ramón probablemente esa noche empezó a superar su pasado; solo quedaba la postilla de la herida, quedaba poco para cicatrizar

pero no era un mal comienzo. Así, con esa sensación se acostó a dormir. Sin poder olvidar la sonrisa dulce de Julia, dió vueltas hasta por fin quedarse dormido.

Por el ático de Madrid, volvió a amanecer. Dando el primer rayo de sol sobre algún libro que tenía en el suelo y el desorden de quién alguna vez amó la noche, esa es una de las mejores sensaciones que exista. El que te bese la oscuridad y te arrope la mañana.

RV: Capítulo 6
JJ
juanito motes jimenez
mié 27/12/2017 20:50
Elementos enviados
Para:
lauraelenaromero15@gmail.com;
De: juanito motes jimenez <juanmontez@hotmail.es>
Enviado: sábado, 23 de diciembre de 2017 16:51:13
Para: juanito motes jimenez
Asunto: Capítulo 6

Capítulo 6

" El amor es el hijo de la ilusión y el padre de la desilusión." Miguel de Unamuno.

Parecía que la tormenta había llegado a su calma. Todo era sol desde el ático donde descansaba Ramón. La vida volvía a la calle, donde la gente hacía colas para comprar algo en los mercados. Llegaban las fiestas, los madrileños plantaban cara al hambre para cenar con dignidad el día que nació el Niño Dios. La Madrid, que empezaba a tener coches, la de los pequeños en la escuela, policías patrullando, trabajadores de fábricas. La Madrid de aquel restaurante que hay en frente que hace ruidos al sacar los menús para la hora de comer.

Ramón seguía dormido, mientras se hacía visible todo el desorden de su cuarto. El calor, de los rayos de sol junto al roce de sus mantas, hacía imposible cualquier intento de alzar el cuerpo. Tampoco preocupaba mucho eso en el subconsciente de Ramón, ya que tenía el último turno, por lo tanto podía descansar tanto como el quisiera. Ramón tendría que recuperar fuerzas porque no sabía si podía pasar lo mismo de la pasada noche, era todo tan imprevisible… Todo lo contrario le pasaba a Jaime en su pequeño piso. Ya había recogido su uniforme; las sábanas; todo tiesto que hubiera por medio e incluso se había duchado y bajado a por el pan. Que cambio puede dar el amor en nosotros, que nos hace fuertes, débiles,

cobardes y valientes al mismo tiempo.

En el piso de Ramón se escuchó golpear la puerta del último piso.
- Señor De Quiroga… Pom Pom Pom.- Llamaba con contundencia el portero del edificio.- Señor De Quiroga por favor… Pom Pom Pom.
- Maldita resaca.- Protestaba Ramón mientras daba vueltas sobre las mantas□.
- Señor De Quiroga. ¿Está usted bien?.- Llegó a asustarse el portero que esperaba atentamente fuera.
- ¡Voy!. ¡No se preocupe que estoy bien!. Solo me estaba poniendo el batín.- Le contestó al portero. - Pero si solo son las 13:30 de la tarde. - Dijo en voz baja mientras se intentaba adecuar.

Abrió la puerta Ramón, cuando antes de hacer ninguna indicación se adelantó su portero.
- Buenas tardes, señor De Quiroga. Siento las molestias pero ha llegado un telegrama para usted. Me pareció oportuno a pesar de que estuviera descansando acercárselo. Puede que sea urgente. Siento si le he despertado. Perdone las molestias.
- No se preocupe. Obró usted bien.- El portero dió el telegrama a Ramón y este a cambio hizo lo propio con un par de monedas de su bolsillo.
- Que pase buen día señor De Quiroga.
- Igualmente.

Una vez que cerró la puerta, se dispuso abrir el telegrama:

"Buenas tardes.

Está usted invitado esta noche a la cena en el salón de socios del Café París. Esperamos su presencia. Disculpe las molestias.

Para: Ramón De Quiroga
Remite el telegrama: Salón de socios, Café París."

Eso decía el telegrama, lo cual sacó una sonrisa al maquinista que lo leía sentado con la piernas cruzadas. En ese momento, se constató del desorden de su habitación, así que Ramón optó por ponerse a trabajar. Después de un café, recogió los libros del suelo e hizo la cama. Empezó a mudarse de ropa y llamó a la lavandería para que recogiese el traje y la ropa de maquinista que estaba bastante desperfecto en cuanto a su aseo.

Al llegar la tarde, Ramón sacó un traje de color azul marino que preparó con sumo cuidado. Posteriormente preparó el traje de maquinista y la cena para llegar lo antes posible al Café. Ocupó la espera, leyendo a Cervantes, siempre tuvo debilidad por los clásicos. Ramón siempre tuvo un acercamiento a esas ideas bohemias, de joven destacaba en la escuela por su amor por la lectura. Rosa una vez lanzó por la ventana un libro que

Ramón leía, ya que lo consideraba un chico soporífero. Él, se enfadó de tal forma que su maestro decidió castigarlos toda la tarde en la misma sala. Ahí, es donde empezaron a amarse sin medida. Fue el fin del comienzo. Ramón, hace mucho que perdió la melancolía, no le quedaba otra. Prefirió huir de su pasado como si todo lo hubiera olvidado.

Llegó la tarde. Ramón era muy maniático con los horarios, así que como de costumbre Ramón tomó un té y se empezó a poner el uniforme con pausa mientras escuchaba la radio. Se colocó bien el cuello, colocó las llaves en un bolsillo, preparó su cartera y salió apresurado para comprar una cajetilla de tabaco.

Mientras Jaime llegó un poco antes a la estación, estaba nervioso quería que la noche le envolviera para poder ver a Noa. Viendo el adelanto que llevaba optó por entrar en el bar de la estación donde se bebió un café cargado. "Cómo puede ser posible, esto que siento si solo la conozco de una noche" pensaba mientras se limpiaba su barba e ignoraba a los borrachuzos de la barra.

Noa y Julia recogían rápidos los apuntes para hacer su plan de escapada de todas las noches.
- Tengo ganas de ver a Jaime miarma.- Dijo Noa sonrojada mientras se ponía la maleta.
- Discreción Noa, por Dios.- Le replicó Julia mientras sonreía y se echaba el dedo índice a la boca.
- Me vas a negar que tú tampoco quieres ver al otro mozuelo. No has dejado de sonreír en toda la tarde, y eso que eres más seca que una mojama miarma.- Dijo Noa riéndose.
- No digas tonterías.- Contestó su amiga mientras ambas salían de aula. Por la que continuó.- Nos vemos luego, hazlo como siempre y no seas llamativa.- Replicó Julia.

No dió tiempo para fumar un cigarrillo por el camino a Ramón, por lo tanto nada más llegar a la puerta de la estación, sin brevedad, hizo lo propio. Así se dió cuenta de que su compañero estaba en la cafetería. Cuando salió, se acercó a la zona donde estaba Ramón y le dijo en voz baja:
- Que ganas tengo de que llegue esta noche para volverla a ver, ojalá llegue pronto la hora.- Lo hizo con los ojos ilusionados de un recién enamorado.
- Por fin vas a llegar a tiempo a la última parada. Lo llego a saber y te presento una señorita mucho antes.- Dijo Ramón mientras se reía a carcajadas.
- No encuentro lo gracioso. Creo que esa chica a llegado a lo más hondo de mi corazón.- Volvió a insistir Jaime.
- Demasiado cursi. ¿Quien te ha visto y quién te ve.- Esto le provocó mas risa al maquinista alto.
- Que bien te sienta salir, pero que mal la resaca Ramón.

- No te enfades, solo estaba bromeando.
- Ramón, sinceramente sigo teniendo algo de miedo. Nos estamos metiendo en la boca del lobo, tengo mucha inseguridad.- Volvió a Jaime un rostro apenado.
- Se discreto, por lo demás confía en mí. No te pasará nada.- Lo dijo tan seguro Ramón, que pareció tranquilizar al otro maquinista. Qué volvió a poner una sonrisa en su cara.

A los segundos mientras fumaba, entró Julia por la puerta. Jaime lo más discreto posible le dió un pequeño codazo a su amigo el cual sonrió levemente. Ella pasó por delante de ellos con absoluta rudeza, era una verdadera actriz lo cual hizo que ambos se quedaran sorprendidos por su habilidad de interpretación.
- Además de guapa, una gran actriz, te ha tocado la lotería.- Dijo Jaime, el cuál parecía vengarse de la moda anterior.
- Ya te he dicho, que no estoy interesado. Intenta ser un poco más discreto, solo eso.- Riñó Ramón a Jaime.

Ambos terminaron de fumar, y se adentraron en sus trenes. Ramón lo hizo por el último vagón para ver que la caja del motor estuviera en orden. Cruzó hacia el suyo y en el primero se encontró a ella, mientras repasaba unos apuntes. Julia que lo percibió de lejos, le tiró un guiño, Ramón en cambio hizo el gesto de una media sonrisa. Todo parecía ir bien en el trayecto, así que decidió llamar a Félix para desearle unas felices fiestas. Llegó pasado los segundos con su propia intensidad:
- Me has llamado señor De Quiroga. Estaba liado con los pasajes, por eso no he podido llegar antes. ¿Ha pasado algo?. ¿Necesita ayuda?. - Dijo el acomodador mientras volvía a agarrarse los dedos de la mano con suma intensidad.
- No se preocupe joven. Solo quería desearle una Feliz Navidad. Nos vemos en 1945. Dale mis mejores deseos a todos los demás.
- Sí Don Ramón, espero para usted lo mismo deseos. Ha sido un placer, espero que siga queriendo trabajar conmigo.
- Lo seguiremos haciendo. No sé preocupe.- Respondió con ternura Ramón, mientras cambiaba de palanca.
- Señor, ¿sabes si le pasó algo a la moza de ayer?.- Preguntó con miedo Félix por la reacción de Ramón.
- Está sentada en el vagón uno, por lo tanto no creo que la encarcelaran.- Dijo Ramón sin apenas mostrar acuerdo o desacuerdo con su pregunta.
- Me alegro señor. Yo no pretendía que llegara a mas. Siento si molestó mi pregunta.- Dijo de nuevo Félix mientras intentaba quitarle tensión a la situación.
- No se preocupe, joven Félix.- Dijo serio Ramón, mientras frenaba el tren para llegar a otra parada del circular.

Salió Félix, el tren volvió a circular como de costumbre. Ramón intentó acelerar con el objetivo de adelantar la hora de entrada del tren, para así poder cenar más tranquilo y llegar antes al Café. Ramón, tenía la ilusión

bastante avanzada, eso se le notaba en los ojos. Estaba relajado y agusto. Parecía que Jaime y él habían encontrado su sitio, eso había dado lugar que incluso llegaran a fumar menos en el día.
- ¡Última parada "Sol"!.- Dijo el pregonero que anunciaba las paradas.

Cuando Ramón miró el reloj se percató del pequeño adelanto que llevaba y esta vez se encendió un cigarrillo mientras esperaba el tren de Jaime en la vía de la derecha. Pocos segundos después aparecía un par de minutos antes de su hora estipulada por la estación. También percibió entre la multitud que salían al exterior de Sol, la melena morena de Julia avanzando a paso rápido. En ese momento, estaba Jaime fuera empezando a fumar, así que Ramón bajó con tranquilidad y dijo una vez estaba en frente suya:
- Me voy a creer que estás enamorado de verdad. Has llegado unos minutos antes con el tren.- Dijo serio Ramón, a pesar del tono de humor.
- No te rías que llevamos prisa. Nos vemos arriba del salón de socios.
- Discreción Jaime. Solo ten discreción.- Le aconsejó Ramón.
- Nos vemos allí Ramón. Voy a cenar.- Se despidió Jaime mientras se apresuraba en irse. Sin embargo, Ramón se lo tomó mucho más tranquilo, tanto la salida como su preparación elegante en su casa. A pesar de eso llegó quince minutos antes que el día anterior.

Las 00:30 marcaba el reloj del Retiro. En una noche de vísperas de Navidad. Hacía frío, por lo tanto Ramón se abrigó bastante: bufanda, sombrero, gabardina. Volvió a cruzar la sala de comensales que estaba llena, pero esta vez nadie le indicó el camino. Subiendo la escalera de caracol, se escuchaban a Noa y a Miguel debatir en la sala de recepción. Esa pequeña entradilla donde era testigo el metre.
- Buenas noches.- Dijo suave Ramón mientras escuchaba el debate.
- Buenas noches Miarma. Sabrías decirme el autor de la obra de Ramón y Cajal del El Retiro.- Dijo Noa mirando a Miguel.
- Victorio Macho.- Contestó serio Ramón.
- Gracias Ramón.- Dijo Miguel que se acariciaba el bigote.
- No puede ser.- Replicó Noa mientras Ramón entró en la sala de socios para evitar el debate.

Dentro estaban todos los demás: Jaime, Moyós, Julia y Joaquín. Joaquín dió las buenas noches mientras le estrechaba la mano, llevaba un traje negro y hablaba sobre la censura de obras europeas. Mientras atacaba a los jóvenes de su curso calificándolos de adoctrinados mientras se tomaba la primera copa. Así, que Ramón no espero más se sentó a analizar los mismos temas.

Al final de la noche, se levantó Ramón a pagar sus copas e igualmente le siguió Julia a la barra. Allí se miraban sin decir nada hasta que llegó el camarero:
- ¿Desean algo señores?.- Preguntó con la debida cortesía.
- Puede cobrarse usted lo de la señorita y lo mío.- Se adelantó Ramón a

Julia la cual no pareció gustarle el gesto.
- Podía pagarlo yo sola.- Dijo enfadada Julia.
- Pongamos que aún estoy pagando el retraso del otro día.- Dijo Ramón mientras le daba el billete al camarero.
- No lo vuelvas a hacer.- Dijo Julia mientras se recogía el pelo y giraba para todos los demás.
- Su vuelta caballero.- El camarero soltó unas monedas y Ramón sin más dilación salió a la entradita encendiendo un cigarro.

Una vez fuera, salieron Noa y Jaime entre risas. Lo cual hizo que la sonrisa de felicidad de Ramón se agrandara. "Nunca he visto a Jaime tan feliz". Pensaba Ramón mientras se empezó a entrar en las conversación que ambos mantenían. Posteriormente salieron los demás, Jaime discretamente se acercó a Ramón:
- ¿No te da miedo que os pueda pasar algo?.- Lo dijo Joaquín mientras acicalaba la vestimenta.
- ¿Serviría de algo?.- La chulería de Ramón aportó una cara de satisfacción a Joaquín.
- Pero Jaime no creo que aguante la presión. Espero que no tengamos problemas.- Aviso el rubio a Ramón mientras este parecía no prestar mucha cuenta a la conversación.
- No te preocupes Joaquín. De momento, está ganando más de lo apostado.- Dijo Ramón mientras hacia un gesto con la cabeza hacia la pareja de Jaime y Noa la cual no dejaba la compenetración en ningún instante.
-¿Confías solo en el amor por Noa?.-Le susurro a Ramón que perdió la mirada en el amor de Jaime hacia Noa.
- No hace más.- Contestó Ramón mientras apagaba el cigarro y se marchaba del lado de Joaquín.
- Espero que no te equivoques.- Replicó finalmente Joaquín cuando ya le daba la espalda.

Una vez fuera, volvió a pasar la rutina del día anterior. Moyós y Joaquín marcharon primero, posteriormente lo hizo Miguel dejando en intimidad a las dos parejas. Jaime y Noa se amaban en cada esquina de la tranquila Madrid, mientras Julia y Ramón tenían la necesidad de tocarse un poco más pero ninguno de los dos se atrevió a dar un paso al frente. Hablaban del tren, de sus estudios, de viajar… Pero nada que rompiera la barrera para que ambos se acercaran.

Jaime en portal se abalanzó sobre Noa con sus dos brazos, este apretón fue recíproco por parte de la joven sevillana que lo amarraba a ella con mucho desparpajo. Mientras Julia y Ramón quedaron en frente a penas un palmo. Ninguno se atrevió a decir nada, tampoco era necesario. Sobraban las palabras en aquellas miradas. Noa y Julia subieron rápido por la escalera con la absurda niñez de quién se enamora perdidamente.
- ¿No me dijiste que no estaba interesada?. Miarma que te quiero yo corazón.- Dijo Noa afectada por su borrachera de amor.

- Cállate.- Contestó Julia de modo agrio.
- No hace falta que te diga nada.